

Las élites vasco-navarras y la monarquía hispánica: construcciones sociales, olíticas y culturales en la edad moderna

José María IMÍZCOZ

(Universidad del País Vasco)

Recibido: 20 diciembre 2007

Aceptado: 16 junio 2008

Las páginas que siguen se centran en la participación de las élites vascas y navarras en las estructuras políticas y económicas de la Monarquía hispánica durante la Edad Moderna. El campo es muy amplio y la cronología extensa, pero no se pretende esbozar una síntesis ni llegar a unas conclusiones. El objeto es sugerir un conjunto de hipótesis que puedan abrir vías para orientar y sistematizar la investigación. En esta materia abundan las historias descriptivas y segmentadas, y se echa de menos un modelo que plantee la coherencia de los elementos dispersos que conocemos por separado, que abra vías para investigar nuevos campos y que los haga converger a explicar procesos complejos de cambio histórico¹.

En estas páginas nos interrogaremos sobre las consecuencias que tuvo aquella dinámica, tanto cara al proceso que llevó de las comunidades medievales a la formación del Estado liberal, como cara a las transformaciones sociales, políticas y culturales que se produjeron en el seno de la sociedad vasca al filo de dicho proceso². Esta historia nos sitúa ante lo que podríamos llamar el “proceso de construcción social del Estado”³, una dimensión tan importante como desconocida de la historia política. Más allá de las instituciones y de las doctrinas, la integración de territorios en el ámbito de la Monarquía hispánica se consolidó a través de las relaciones de la corte

¹ Esta exploración se inscribe en el marco de los Proyectos de Investigación que he dirigido en la Universidad del País Vasco: “De la aldea a la corte y de España a América: Vascos y navarros en el gobierno del Imperio borbónico (siglos XVIII-XIX)” (años 2001 y 2002); “A la sombra de la Corona. Las élites vasco-navarras en las estructuras políticas y económicas de la Monarquía en la Edad Moderna: redes de poder, negocios y transformaciones sociales” (años 2003-2004), y “Las familias de las élites vascas y navarras en “la hora del XVIII”: economía doméstica, correspondencia epistolar y redes sociales en la monarquía hispánica” (años 2006 y 2007)

² La mayor parte de este texto data del año 2000 (en que fue presentado bajo el título “La construcción de cierta España. Las élites vascas y navarras en la Monarquía hispánica, siglos XVI-XVIII”, en el Congreso Internacional *La Monarchie hispanique, XVIe-XVIIIe siècles*, Paris, EHESS, 7-9 diciembre de 2000, que finalmente no se ha publicado) He actualizado algunas referencias bibliográficas, evidentemente sin ánimo de exhaustividad.

³ C. WINDLER, “Clientèles royales et clientèles seigneuriales vers la fin de l’Ancien Régime. Un dossier espagnol”, *Annales HSS*, mars-avril 1997, n° 2, p. 294.

con las élites locales y provinciales, y, en particular, por medio de la participación de dichas élites en las estructuras políticas y económicas de la Monarquía. Siguiendo esta hipótesis, nos interesaremos aquí no tanto por las historias particulares de unas cuentas familias en los horizontes de la Monarquía como por las consecuencias de su dinámica para la orientación de economías, el establecimiento de hegemonías, la producción de ideas y la construcción de identidades políticas.

En la Edad Moderna, el intercambio entre las élites de un reino y la Corona constituyó la clave de bóveda del sistema político. Los patriciados locales y provinciales se hallaban vinculados a la Monarquía por un flujo constante de intercambios: favores políticos, cargos, honores, pensiones les eran distribuidos a cambio de una lealtad y servicio que debía asegurar la gobernabilidad del país⁴. Además de esta relación común, válida para la generalidad de las élites de los diferentes territorios de la Monarquía, la observación de las élites vascas a lo largo de la Edad Moderna muestra con especial fuerza otro fenómeno paralelo: las posibilidades de enriquecimiento y de ascenso social que ofrecieron los nuevos espacios económicos y políticos que se fueron abriendo a medida que se desarrollaba y consolidaba la Monarquía hispánica. Estas oportunidades estuvieron relacionadas, en particular, con la construcción del Estado burocrático, financiero y militar, con la economía de guerra de la Corona y con la posesión de un imperio colonial. Por estos cauces, a lo largo de la Edad Moderna la Monarquía hispánica se convirtió en un ámbito de actuación privilegiado para una fracción de las élites vascas y navarras. El servicio al rey, las carreras en la corte y en la alta Administración, las dignidades eclesiásticas y los cargos en el Ejército y la Armada, así como los negocios industriales y financieros con la Corona y el comercio colonial, constituyeron fuentes de riqueza y de elevación de primera magnitud. Esta participación fue un motor principal de la emergencia y renovación de las élites vascas durante la Edad Moderna.

Pero, cuando hablamos de procesos sociales, políticos y culturales, nos interrogamos también sobre los efectos de aquella dinámica en el seno de la sociedad vasca. ¿Qué consecuencias tuvo para aquella sociedad la participación de sus élites dirigentes en los espacios económicos, políticos y culturales de la Monarquía? ¿No fue ésta una vía de penetración de nuevas ideas, valores y modos de vida? ¿No fue éste un motor principal de transformaciones en el seno de aquella sociedad, al menos en un grado comparable a lo que se produjo en el conjunto de los estados europeos occidentales?

Por otra parte, ¿qué resistencias al cambio provocaron estas transformaciones? Porque esta historia fue diferencial, no general. Mientras que el horizonte de aquellas élites transcendía el círculo de la villa o de la aldea, y se forjaba en el mundo de la relativa modernidad de cada época, el horizonte vital de la inmensa mayoría de la población continuaba siendo el de la comunidad local y su cultura tradicional. Nos interrogaremos sobre los cambios, resistencias y fracturas que se produjeron en este proceso.

Evidentemente, cuestiones tan complejas tienen implicaciones que no es posible abordar aquí. En estas páginas nos limitaremos a considerar las principales, observán-

⁴ J.P. DEDIEU y Z. MOUTOUKIAS, "Approche de la théorie des réseaux sociaux", en J.L. CASTELLANO y J.P. DEDIEU (dirs.), *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien Régime*, Paris, CNRS, 1998, p. 20.

dolas en la larga duración, con el objeto de plantear la coherencia y globalidad de un proceso histórico cuyos elementos se hallan todavía demasiado dispersos y disociados.

Esta empresa choca con algunas dificultades, no tanto de orden político o ideológico, como conceptuales y metodológicas. Una de ellas tiene que ver con el concepto de “espacio” como “marco” de historia y, de un modo más general, con las limitaciones que conlleva inevitablemente toda compartimentación, incluso la más legítima y necesaria. Uno de los problemas tradicionales de la historia local y regional ha sido el “endogenismo”, creer que lo local es puramente endógeno y que lo estatal, nacional o general es exógeno. En la historiografía vasca, este rasgo común ha tenido desarrollos específicos que requerirían un tratamiento aparte. De un modo más general, se ha tendido a considerar los espacios o territorios como instancias separadas: “la comunidad local”, “la Provincia”, “el Estado”, “la Corte”, “América”. Para superar el riesgo de compartimentación, no basta con decir que estos espacios se relacionan entre sí, que interactúan, atribuyéndoles una autoría que sólo puede ser alegórica, ya que, en realidad, los actores históricos siempre son hombres y mujeres de carne y hueso. Estas limitaciones del concepto de “espacio” se superan mediante los análisis de red, esto es, mediante el estudio de los actores que actúan relacionadamente –y quizás simultáneamente– en esos diversos espacios o ámbitos. De hecho, la historiografía más reciente está explorando las redes de poder que relacionaban a las élites dirigentes de diferentes instancias, como muestran, por ejemplo, los estudios sobre patronazgo y clientelismo entre la Corte y las provincias. Este seguimiento de los actores y de sus redes sociales permite superar –y relacionar desde dentro– los compartimentos estancos propios de los marcos espaciales, institucionales o socio-profesionales habituales. Es el medio más adecuado para aprehender la relación no sólo entre espacios y sectores de actividad distantes, sino también entre dinámicas que desde fuera no parecen relacionadas, y que habitualmente disociamos, con el fin de hallar la coherencia interna y un significado más global de procesos complejos de cambio histórico⁵.

1. LOS SIGLOS XVI Y XVII

La presencia de vascos en la corte a lo largo de estos siglos fue desigual. Durante los reinados de Carlos V, Felipe II y Felipe III destacó en ella un nutrido grupo de “vizcaínos” como consejeros, secretarios y contadores, tales como los guipuzcoanos Idiáquez, Garibay, Aróstegui, Amézqueta, Echeberri, Ipeñarrieta, Araiz, etc.⁶. A partir de los años 1620 y hasta la llegada de los Borbones, su presencia parece eclipsar-

⁵ He intentado formular estos principios metodológicos en IMÍZCOZ, J.M., “Actores, redes, procesos: reflexiones para una historia más global”, *Revista da Faculdade de Letras– História*, III Série, volume 5, Porto (Portugal), 2004, pp. 115-140 (disponible en www.ehu.es/grupoimizcoz); “Comunidad, red social y élites. Un análisis de la vertebración social en el Antiguo Régimen”, en J.M. IMÍZCOZ (dir.), *Elites, poder y red social. Las élites del País Vasco y Navarra en la Edad Moderna*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996, pp. 13-50; “Redes, grupos, clases. Una perspectiva desde el análisis relacional”, en S. MOLINA y A. IRIGOYEN (ed.), *Territorios distantes, comportamientos similares...* U. de Murcia, 2008 (en prensa),

⁶ Lope MARTÍNEZ DE ISASTI, *Compendio historial de la M.N. y M.L. Provincia de Guipúzcoa*, Bilbao, ed. Amigos del Libro Vasco, 1985, [ca. 1625], vol. II, pp. 358 y ss.

se, probablemente en relación con el fenómeno de los valimientos, en la medida en que los validos llegaban al gobierno con sus propias clientelas. Por último, la elevación en la corte llegaría a su apogeo en el siglo XVIII.

La historia del siglo XVI es todavía mal conocida. Caro Baroja escribió algo sobre los “hombres de pluma” vascos en la corte⁷, pero poco se sabe sobre ellos, más allá de estas pinceladas y de informaciones biográficas sobre algunos personajes. En cuanto a las implicaciones ideológicas, hay elementos para pensar que esta dinámica conllevó la formulación de una ideología solariega que publicitaba la calidad particular de los “vizcaínos”, y que sirvió para sustentar las carreras de aquellos personajes en la sociedad cortesana y, por extensión, el lugar que debía corresponder a los hidalgos vascos en la Monarquía hispánica. Según Jon Juaristi, estos vascos de la corte patrocinaron la idea de que eran los “primeros españoles”, descendientes de Túbal, que no habían sido conquistados, sino que guardaban el idioma y las esencias de los primeros pobladores, siendo nobles y limpios de sangre desde los orígenes⁸. Estas ideas habrían servido a aquella “clase escriba vizcaína” para conquistar posiciones en la corte, desplazando a los judeo-conversos que ocupaban hasta entonces aquellos cargos, y para rivalizar con los otros “cántabros tinteros”, los hidalgos montañeses, que seguían una dinámica paralela⁹.

La competencia a lo largo de los siglos XVI y XVII entre “vizcaínos” y “montañeses” por espacios de poder en la corte y en las colonias, o por el control de fuentes de riqueza al servicio de la Corona, como la construcción naval o el transporte marítimo, dieron lugar a una producción de tratados o escritos propagandísticos que pugnaban por la primacía de unos u otros¹⁰.

Más allá de la anécdota, esta cuestión se inscribe en un proceso de mayor calado. A lo largo de estos siglos, aquella dinámica al servicio del rey estuvo muy relacionada con prácticas literarias y elaboración de discursos que tuvieron un gran significado para la construcción de una identidad y la escritura de determinada historia provincial y local. Aunque este proceso de “producción de sentido” es aún muy poco conocido, podemos recordar algunos de sus principales hitos. Desde el siglo XVI, autores como el bachiller Zaldibia, Esteban de Garibay, el licenciado Poza, Baltasar de Echave, o Lope Martínez de Isasti, cuyas familias o ellos mis-

⁷ J. CARO BAROJA, *Introducción a la Historia social y económica del pueblo vasco*, San Sebastián, Txertoa, 1974, pp. 54-56; *Ibid.*, *Los vascos y la historia a través de Garibay*, San Sebastián, Txertoa, 1972; Esteban de GARIBAY Y ZAMALLOA, *Discurso de mi vida*, (ed. de Jesús Moya), Bilbao, UPV, 1999; Esteban de GARIBAY Y ZAMALLOA, *Los siete libros de la progenie y parentela de los hijos de Estevan de Garibay*, (ed. de José Ángel Achón Insausti), Arrasateko Udala, 2000.

⁸ J. ARANZADI, *Milenarismo vasco (Edad de Oro, etnia y nativismo)*, Madrid, Taurus, 1982; A. E. de MAÑARICUA, *Historiografía de Vizcaya*, Bilbao, GEV, 1971; Andrés de POZA, *Fuero de hidalguía: Ad Pragmaticas de Toro & Tordesillas*, ed. de Carmen MUÑOZ DE BUSTILLO, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1997.

⁹ J. JUARISTI, *Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles*, Madrid, 1992, pp. 9-20.

¹⁰ Entre otros, los dos libros publicados por Diego García de Palacio: (“Diálogos militares de la formación e información de Personas, Instrumentos, y cosas necesarias para el buen uso de la Guerra”, México, 1583, y la “Instrucción nautica, para el buen uso y regimiento de las Naos, su traça y gobierno conforme a la altura de México”, México, 1587), o el “Diálogo entre un vizcaíno y un montañés sobre construcción de naves, su arboladura, aparejo”, publicado por Fernández Duro, y el “Tratado breve de una disputa y diferencia que hubo entre dos amigos, el uno castellano de Burgos y el otro vascongado, en la villa de Potosí, reino del Perú”, de autor desconocido, en 1624, cf. A. E. de MAÑARICUA, *Polémica sobre Vizcaya en el siglo XVII: el Buho Gallego y el Tordo Vizcayno*, Bilbao, GEV, 1976, pp. 22-24.

mos en persona participaban en este fenómeno, escribieron sobre la historia del país y contribuyeron a formular una ideología –el “cantabrismo vizcaíno”– que impuso en la Monarquía hispánica la idea de una calidad particular de los vascos. En el siglo XVII, en un momento en que parece que los vascos pierden pie en la corte, surgen críticas como las expresadas en el cruce de panfletos entre el “buzo gallego” y el “tordo vizcaíno”, que parecen corresponder a la pugna de redes de paisanaje por espacios de poder¹¹.

La historia de estas familias está por hacer, pero sabemos que la vía del servicio al rey fue el motor del ascenso de grupos familiares que se reproducían en la burocracia real a través de sus vínculos de parentesco y que, gracias a sus relaciones cortesanas, situaban a otros familiares como militares, marinos y eclesiásticos. De este modo, sus redes familiares se extendían a diversos ámbitos de gobierno, así como a negocios públicos y privados relacionados con ellos. Entre los linajes de burócratas establecidos sobre la base del parentesco destacaron, por ejemplo, la saga familiar de los Araiz, con al menos seis miembros, entre padres, hijos y parientes, que se sucedieron a lo largo el siglo XVI como contadores en la real Hacienda; o las familias de Juan de Amézqueta y sus hijos Antonio y Pedro; Martín Arano de Valencegui y su hijo Martín de Valencegui; Juan Pérez de Ercilla y su nieto Miguel de Ercilla; o los miembros de otras familias guipuzcoanas como los Echeberri, Gamboa, Berástegui, Arriola, Aliri, etc.¹².

El paradigma de esta dinámica fue la saga de los Idiáquez, que representa el ejemplo de las familias que consiguieron posiciones de gobierno especialmente relevantes, muy por encima de las simples secretarías y contadurías. Alonso de Idiáquez y Yurramendi (Tolosa, 1487) fue secretario de Carlos V entre 1520 y 1549 y consejero de Estado, participó en la conquista de Túnez en 1535, fue comendador de Estremera y obtuvo del rey, sucesivamente, los hábitos de Calatrava, Alcántara y Santiago. Desde estas posiciones, patrocinó y situó en la Corte a una serie de familiares. Su hijo Juan de Idiáquez y Olazábal (Madrid, 1540-Segovia, 1614) fue secretario de Estado con Felipe II y Felipe III, presidente del Consejo de Órdenes, embajador de España en Génova y Venecia, comendador mayor de León, caballero de la orden de Santiago, y secretario de las Juntas Generales y de la Diputación de Guipúzcoa.

A su vez, Juan de Idiáquez y Olazábal promocionó poderosamente a varios parientes. En 1578 repartió la secretaría de asuntos exteriores, que hasta entonces se había concentrado en sus manos, entre su sobrino Martín de Idiáquez e Isasi, que sería secretario de Estado en 1587, y su primo Francisco de Idiáquez y Arceaga, que sería secretario del Consejo de Italia. Por otro lado, su sobrino Antonio de Idiáquez y Manrique (Madrid, 1573-1615) fue obispo de Segovia en 1612. Por último, el hijo de don Juan, Alonso de Idiáquez y Butrón de Múxica (San Sebastián, 1565-Milán, 1618) destacó en la milicia sirviendo a Felipe III en las guerras de Flandes y de Italia, fue virrey de Navarra y capitán general de Guipúzcoa, maestre de campo general de Milán, consejero de Guerra, comendador mayor de León, como su padre,

¹¹ A. E. de MAÑARICUA, *Polémica sobre Vizcaya en el siglo XVII: el Buzo Gallego y el Tordo Vizcaíno*, Bilbao, GEV, 1976.

¹² Lope MARTÍNEZ DE ISASTI, *Compendio...*, vol. II, pp. 358 y ss., 379 y 393.

ostentó los títulos de conde de Aramayona y duque de Ciudad Real, y fue secretario de las Juntas Generales y de la Diputación de Guipúzcoa¹³.

Este fenómeno cortesano tuvo un importante significado para la articulación política y social de las comunidades locales y provinciales. Hombres como don Juan de Idiáquez se convirtieron en la cúspide de la trama clientelar entre la provincia y la Corona¹⁴. Su prestigio fue inmenso y se vieron continuamente solicitados para defender o conseguir privilegios y favores, ya fuera por la provincia, para evitar agravios u obtener determinadas prerrogativas, o por una o varias villas, para lograr sus intereses frente otras. Así, por ejemplo, fueron solicitados en 1583 para mediar en el conflicto entre las villas que pugnaban a favor o en contra del voto fogueral; en 1608 y 1609, a propósito de las pretensiones de exención jurisdiccional del valle de Legazpia; en 1614 y 1615, por la villa de San Sebastián, para impedir la exención del puerto del Pasaje y la segregación de las casas de Urnieta¹⁵.

Por sus posiciones en la corte y su cercanía al rey, estos personajes ejercieron cierta función de “centralidad” con respecto a unas provincias en vías de formación que no eran aún sino un agregado heterogéneo, y muchas veces contradictorio, de comunidades locales que configuraban un “espacio político policéntrico formado por agregación”¹⁶. En efecto, no sólo recibían peticiones unitarias de la provincia o de determinada villa, sino, muchas veces, peticiones opuestas de villas o de facciones enfrentadas que solicitaban su mediación, lo que les confería una importante capacidad de arbitraje. Así lo revelan, por ejemplo, los conflictos en torno a los intentos de exención jurisdiccional del valle de Lepazpia con respecto a la villa de Segura en 1608 y 1609. Las dos partes opuestas habían buscado y conseguido apoyos poderosos en la corte pero, al final, ante la tensión creada, la provincia de Guipúzcoa sometió la resolución del conflicto al arbitraje de don Juan de Idiáquez, a cuyo juicio se plegaron las partes implicadas y sus respectivos valedores en la corte¹⁷. Esta “pax cortesana” conseguida mediante arbitrajes es un elemento poco conocido, pero sin duda importante, de la articulación política no institucional favorecida por la corte como centro de redes de poder.

Las posiciones en la corte fueron una fuente de influencia cuyo papel en los procesos de articulación política conocemos todavía mal. En cualquier caso, a través de sus relaciones clientelares, aquellos personajes obtuvieron cargos en la corte y en las provincias para sus allegados y deudos, contribuyendo de este modo poderosamente a la configuración de la trama de familias dominantes en las provincias. Don Juan

¹³ F. PÉREZ MÍNGUEZ, *D. Juan de Idiáquez, embajador y consejero de Felipe II*, San Sebastián, 1934, pp. 256-258, 264, 319, 325-326, 350; Lope MARTÍNEZ DE ISASTI, *Compendio...*, vol. II, pp. 358-359, 363, 369, 392, 405, 406, 421. M. LAMBERT-GORGES, *Basques et Navarrais dans l'Ordre de Santiago (1580-1620)*, París, CNRS, 1985, pp. 7, 85-87, 143.

¹⁴ J.C. MORA AFAN, “Los criados en el entramado doméstico: sociabilidad y clientelismo en el linaje de los Idiáquez en el siglo XVI”, en J.M. IMÍZCOZ y O. OLIVERI, *Economía doméstica y redes sociales en la España moderna* (en prensa)

¹⁵ S. TRUCHUELO, *La representación de las corporaciones locales guipuzcoanas en el entramado político provincial (siglos XVI-XVII)*, San Sebastián, 1997, pp. 156 y 162; 187-195; 209-215.

¹⁶ J. A. ACHÓN, “A voz de concejo”. *Linaje y corporación urbana en la constitución de la Provincia de Guipúzcoa: los Báñez y Mondragón, siglos XIII-XVI*, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1995, p. 322; S. TRUCHUELO, *La representación...*, p. 74.

¹⁷ S. TRUCHUELO, *La representación...*, pp. 190 y 195.

de Idiáquez, por ejemplo, tuvo fama de protector y benefactor de un amplio círculo de familias notables. Así, estuvo rodeado en la corte por sus fieles Juan de Insausti, su criado y secretario del rey, Domingo de Echeberri, secretario de Felipe III y Felipe IV, o Juan de Amézqueta, secretario de Cámara y Estado de Castilla, del Consejo de Felipe III. Por ello fue objeto de estima y de servicios, como expresaba en 1608 uno de sus deudos, Juan de Amézqueta, al dejar en su testamento a su mujer e hijo de corta edad bajo el amparo de aquél: “por el amor que me ha tenido y por lo que siempre ha amparado y ampara a los de la Provincia de Guipúzcoa”¹⁸.

Desde estas posiciones se promocionaba a amigos y allegados en cargos provinciales al servicio del rey. Así, por ejemplo, en 1590, Esteban de Garibay consiguió del nuevo corregidor de Vizcaya la vara de teniente de corregidor en Las Encartaciones de Vizcaya para el pariente de un allegado suyo: “a ruego mío dio la vara de su teniente de Las Encartaciones al doctor Martín Ochoa de Celaa, yerno del pagador Francisco de Bolibar, de quien en esta obra se ha hablado otras veces”¹⁹. Igualmente, determinados testimonios relacionan a estos personajes de la corte con la obtención de cargos como los de superintendente de fábricas y plantíos de Guipúzcoa, superintendente de las fábricas de Cantabria, o tenedor de los bastimentos y astilleros de S.M., etc. que, como veremos, estuvieron relacionados con ventajosos negocios particulares que prosperaron al arrimo de la Corona.

Aunque establecidos en la corte, personajes como los Idiáquez no se desarraigaron de la villa y provincia, sino al contrario. En ellas mantuvieron su palacio, bienes y capital simbólico, ostentaron cargos honoríficos como secretarios de las Juntas Generales y de la Diputación de Guipúzcoa, y, sobre todo, gozaron de estrechas relaciones clientelares a través de fieles mediadores, como muestra la vinculación entre don Juan de Idiáquez y su criatura y administrador en San Sebastián, Domingo de Echeberri²⁰. Por todo ello, estos personajes disfrutaron de gran prestigio en el país. La descripción del modo en que se recibió en San Sebastián la noticia de la enfermedad mortal de don Juan de Idiáquez, en 1614, ilustra la adhesión de las élites de la villa a su benefactor: “En esta villa hemos tenido noticia, con propio, que el Sr. D. Juan de Idiáquez está enfermo de un grave tavadillo (...), y por ser su vida tan importante a estos Reynos en general, y a esta Provincia en particular, como tan antiguo y continuo bienhechor suyo, en ella ansi en sus parroquiales como en los combentos se hacen oraciones, procesiones y muchos sacrificios por su salud”²¹.

La historia de estos personajes tiene unas dimensiones que van más allá de sus trayectorias particulares y que habría que explorar. Su emergencia supuso una renovación importante de las élites locales y provinciales. A finales de la Edad Media y durante el siglo XVI, se produjo el desbancamiento político de los antiguos “parientes mayores” y del orden que éstos articulaban, a favor de las nuevas familias que se elevaron entonces sobre la base del servicio a la Corona y del nuevo orden político

¹⁸ F. BORJA DE AGUINAGALDE, “La reconstrucción de un espacio urbano. Vicisitudes de las torres del Preboste, en la calle de las Carnicerías (Embeltrán). Siglos XV-1813”, *BEHSS*, nº 23, 1989, p. 101, nota 65.

¹⁹ Esteban de GARIBAY Y ZAMALLOA, *Discurso de mi vida*, (ed. de Jesús Moya), Bilbao, UPV, 1999, p. 332.

²⁰ F. PÉREZ MÍNGUEZ, *D. Juan de Idiáquez, embajador y consejero de Felipe II*, San Sebastián, 1934, pp. 323, 10.

²¹ F. PÉREZ MÍNGUEZ, *D. Juan de Idiáquez...*, p. 350.

de las villas y de la Monarquía²². Así lo explicaba Domingo de Echeberri a Olivares, hacia 1620: “porque la verdad y lo que conviene que se conozca es que cada tiempo cria sus parientes mayores y que la diferencia de los tiempos pasados a estos es que aquellos crio dentro de la misma Provincia y en daños de ella, y que este los cria fuera en Beneficios públicos y Unibersidades y en honor de S.M. y Caveça”²³.

De todos modos, parece que no se trató tanto de una sustitución radical como de una síntesis parcial. De los antiguos linajes, da la impresión que mantuvieron mejores posiciones e influencia aquellos que se reciclaron entroncando con las familias de las nuevas élites y participando en los nuevos círculos de poder al servicio de la Corona. Así, por ejemplo, en San Sebastián, los entronques de los Berastegui –descendientes de parientes mayores rurales– con los Engómez y Montañot, principales comerciantes de la villa, a finales de la Edad Media, o de los Butrón-Múxica con los Idiáquez en el siglo XVI.

Paralelamente, la Monarquía se convirtió en un motor importante de empresas particulares y de economías regionales²⁴. En los siglos XVI y XVII, una parte de las élites del país orientaron sus negocios e inversiones hacia las nuevas necesidades de la Corona, especialmente hacia la economía de guerra²⁵ y el abastecimiento del Imperio colonial. Para determinados hombres de negocios de Guipúzcoa y Vizcaya se abrieron posibilidades especiales a partir de la segunda mitad del siglo XVI, cuando la Corona entró en un largo periodo de guerras con las principales potencias europeas y se vio confrontada a las necesidades de la guerra naval y de la defensa de los convoyes de plata de la carrera de Indias. Desde el último tercio del siglo XVI se desarrollaron actividades nuevas o se reorientaron viejas economías, especialmente la construcción naval para la Marina y la flota de Indias, las exportaciones de hierro a Sevilla y América, el corso, las carreras en la Armada real y la flota de Indias, y el comercio colonial.

La construcción naval guipuzcoana, de gran tradición desde la Edad Media, se reorientó de una forma muy significativa desde la segunda mitad del siglo XVI²⁶. Hasta

²² J.A. ACHÓN INSAUSTI, “La “Casa Guipúzcoa”. Sobre cómo una comunidad territorial llegó a concebirse en términos domésticos durante el Antiguo Régimen”, en J.M. IMÍZCOZ (dir.), *Redes familiares y patronazgo. Aproximación al entramado social del País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001 pp. 113-137; A. FLORISTÁN IMÍZCOZ, Antigua y nueva nobleza en Navarra (1494-1700). La transformación del Brazo Militar: de las guerras de bandos al absolutismo monárquico”, en C. FERNÁNDEZ y A. MORENO (eds.), *Familia y cambio social en Navarra y el País Vasco, siglos XIII-XX*, Pamplona, 2003, pp 135-164.

²³ p. FERNÁNDEZ ALBALADEJO, *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa, 1766-1833*, Madrid, 1975, p. 120.

²⁴ Los desarrollos que siguen sobre los siglos XVI y XVII, así como las referencias bibliográficas correspondientes, se hallan en J.M. IMÍZCOZ, “Hacia nuevos horizontes, 1516-1700”, en M. ARTOLA (dir.) *Historia de Donostia-San Sebastián*, Nerea, 2000, pp. 129-144.

²⁵ J.P. PRIOTTI, “El rey, el crecimiento de la red vizcaína y la defensa del imperio español (1500-1630)”, en J. ROMÁN GUTIERREZ, E.MARTÍNEZ RUIZ y J. GONZÁLEZ RODRIGUEZ (Coords.), *Felipe II y el oficio de rey: la fragua de un imperio*, Madrid, 2001, pp. 323-343; R. GÓMEZ RIVERO, *El gobierno y administración de las fábricas de armas (siglo XVII). La familia Zavala*, San Sebastián, 1999.

²⁶ L. ODRIOZOLA, “La construcción naval en Guipúzcoa. Siglos XVI-XVIII”, *Itsas Memoria, Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 2, 1998, pp. 101-103; L. ODRIOZOLA, “La industria naval guipuzcoana (1650-1730): ¿Crisis o auge del sector?”, en MARTÍN ACEÑA, p. y GÁRATE, M. (eds.), *Economía y empresa en el Norte de España (una aproximación histórica)*, San Sebastián, 1994, pp.; R. SEOANE, *Navegantes guipuzcoanos*, Madrid, 1902; ; F. SERRANO MANGAS, *Función y evolución del galeón en la Carrera de Indias*, Madrid, 1992, pp. 112 y ss; D. GOODMAN, *El poderío naval español. Historia de la armada española en el siglo XVII*, Barcelona, Península, 1997.

entonces, esta industria proveía barcos, generalmente de pequeño y mediano calado, para el comercio en el Atlántico, la caza de la ballena y la pesca de bacalao en Terranova, y para el comercio de cabotaje, pero, desde la segunda mitad del siglo XVI, una parte muy importante de la producción se orientó hacia la fabricación de grandes barcos para la Corona y para los grandes mercaderes que comerciaban con las Indias. A partir de la Pragmática Real de 1563, la industria naval guipuzcoana comenzó a recibir regularmente los pedidos para la Armada y la carrera de Indias, de tal modo que esta industria conoció una expansión notable, mientras que otros sectores de actividad tradicionales se sumían en la crisis de finales del siglo XVI y primer tercio del XVII. Expresión notable de este periodo de crecimiento fue la importante actividad constructora en los astilleros del puerto del Pasaje y de las riberas del Oria, que se especializaron en la construcción de naves para las flotas reales y la carrera de Indias, y la actividad de grandes constructores guipuzcoanos como Miguel de Oquendo, Agustín de Ojeda, Domingo de Goizueta, Antonio de Lajust, Onofre de Isasti, Juanes y Martín de Amézqueta, Francisco de Beroiz, Miguel de Aristeguieta, Ignacio de Soroa, Santiago de Tellería, Pedro de Aróstegui, o Felipe y Simón de Zelarain. Esta élite naviera estuvo compuesta por hombres de negocios con capitales provenientes del gran comercio, sobre todo de Indias, que muchas veces se hallaban relacionados directa o indirectamente con cargos en la Armada y al servicio del rey, lo que les situaba en posición ventajosa para conseguir asientos con la Corona.

La industria de la construcción naval alimentó amplios sectores de la economía local y comarcal a través de los arriendos de astilleros, de la comercialización de la madera y del hierro, de la actividad de abundantes oficios y de la producción de otras industrias relacionadas con ella, como la armera y la ancorera.

En muchas ocasiones, negocios y cargos al servicio del rey fueron unidos. Así, por ejemplo, el cargo de tenedor de bastimentos y mayordomo de la Artillería y Municiones de S. M. en la plaza de San Sebastián estuvo a lo largo del siglo XVI en manos de la parentela donostiarra Laborda-Ercilla-Beroiz, familias de importantes comerciantes y de constructores navales. Ignacio de Soroa, uno de los más destacados constructores navales guipuzcoanos del siglo XVII para la Armada y la flota de Indias, fue maestro de fábricas reales.

Así mismo, otro tipo de actividades y de carreras relacionadas con las necesidades de la guerra naval y de la flota de Indias se desarrollaron con fuerza en las últimas décadas del siglo XVI y a lo largo del siglo XVII, desde actividades corsarias lucrativas hasta carreras de generales y almirantes de la Marina real. En estos cargos y actividades prosperaron sagas familiares, muchas veces relacionadas con la construcción naval y el comercio colonial. Para aquellas élites polivalentes, estos cargos fueron ocasión de negocios particulares y de enriquecimiento.

América ofreció pronto la posibilidad de hacer fortuna en poco tiempo. Vascos y navarros estuvieron presentes desde la conquista como maestros de naos, pilotos, soldados y clérigos, pero fue sobre todo en el siglo XVII cuando comenzaron a destacar en el comercio colonial. Parece que este enriquecimiento, sobre todo en la segunda mitad del siglo XVII, permitió la capitalización que estaría en la base de la elevación de nuevas familias poderosas en "la hora del XVIII".

Entre otras cosas, el comercio con las Indias permitió reorientar las salidas del hierro, principal exportación de estos territorios. Desde los tiempos de la conquista,

los hierros vascos gozaron de especial protección por parte de la Corona, que les reservó el mercado peninsular y americano, prohibió la exportación de vena al extranjero y les concedió un régimen arancelario privilegiado²⁷. A medida que avanzaba el siglo XVI y se establecían las bases del imperio colonial, Sevilla se convirtió en el mercado más importante del hierro vasco, que se dirigía en buena parte hacia las Indias. Los ferrones del valle de Oyarzun, del valle del Deva, de Elorrio, etc. que orientaron su hierro hacia este mercado fueron los que mejor sortearon la crisis siderúrgica de finales del siglo XVI, mientras que muchos otros se arruinaban. Se trataba de familias, como los Alzola de Elgoibar, los Zuaznábar de Oyarzun, los Oquendo, Arriola o Lajust de San Sebastián, los Ubillos de Zumaya, los Bengolea de Lequeitio, los Arespachoga de Elorrio, etc., que pasaron a liderar un tráfico activo en el que participaban en la producción de las ferrierías, como propietarios y mediante arriendos y adelantos, disponían de barcos de gran tonelaje para el transporte, poseían tienda o almacén en Sevilla o Cádiz, y a través de su red familiar, con bases en América, hacían llegar su hierro a las Indias²⁸.

Desde América llegaron al país caudales abundantísimos que todavía no han sido cuantificados pero que supusieron una riqueza sin precedentes para la economía de estas provincias tradicionalmente pobres. Solamente de la escribanía número 19 de Sevilla llegaron en 18 años, comprendidos entre 1630 y 1694, remesas por un valor de 5.359.778 de pesos: 3.417.080 (64%) a Guipúzcoa; 1.599.494 (30%) a Vizcaya; 154.711 (3%) a Álava; y 188.493 (4%) a otras localidades vascas no especificadas. Así, en los años 1630 a 1682, los envíos de los vascos a través de esta escribanía de Sevilla superaban el medio millón de pesos de a ocho de plata anuales, una cantidad realmente considerable²⁹.

Más allá de los simples intereses particulares, estos negocios y movimientos tuvieron un significado más general. Por un lado, orientaron la economía comarcal en determinado sentido. Es muy significativo el ejemplo de la reorientación de las economías e inversiones en torno al puerto guipuzcoano del Pasaje (construcción naval, salida de hierro hacia Sevilla, expediciones corsarias y militares, comercio encubierto con América), desde finales del siglo XVI hasta la fundación de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas en 1728. Por otro, la alianza en estos negocios entre empresarios de villas del interior y de la costa, mediante inversiones y matrimonios, o mediante la integración de “economías” en una cadena (construcción naval, fábricas de armas y anclas, producción de ferrierías, madera, y otras industrias y oficios dependientes) produjo lo que podríamos llamar una “primera economía pro-

²⁷ L. GARCÍA FUENTES, *Sevilla, los vascos y América. (Las exportaciones de hierro y manufacturas metálicas en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, Bilbao, 1991, pp. 113-116.

²⁸ J. A. AZPIAZU, *Sociedad y vida social vasca en el siglo XVI. Mercaderes guipuzcoanos*, San Sebastián, 1990; J. J. PESCADOR, *Familias y fortunas del Oiartzun Antiguo. Micro historia y Genealogía, siglos XVI-XVIII*, Oyarzun, 1995; J.P. PRIOTTI, “Réseaux sociaux, commerce international et pouvoir aux XVIe-XVIIe siècles: Les Otalora, les Urquizu, les Iturbe et les Arespachoga”, *Trace*, N° 37, junio 2000, pp. 86-97; O. OLIVERI, “Entre la comunidad y el imperio: Vascos y navarros en la Monarquía hispánica durante el siglo XVI a través de los Eguino-Mallea de Bergara”, *Symposio sobre “Las élites vasco-navarras y la Monarquía hispánica (siglos XVI-XVIII)”*, Vitoria-Gasteiz, 29-30 de octubre de 2003.

²⁹ L. GARCÍA FUENTES, *Sevilla, los vascos y América. (Las exportaciones de hierro y manufacturas metálicas en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, Bilbao, 1991, pp. 161-163, 165; F. FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, *Comerciantes vascos en Sevilla, 1650-1700*, Vitoria-Gasteiz, 2000.

vincial”, esto es, un conjunto de negocios y de matrimonios³⁰ entre las familias asociadas en estas economías.

De este modo, como muestra la historia de San Sebastián, mientras que los tráfi-cos heredados de la Edad Media entraban en crisis a finales del siglo XVI (comercio de la lana, comercio del hierro con el Norte de Europa, pesca de Terranova), los hombres de negocios que se reorientaron hacia las nuevas economías a la sombra de la Corona fueron los triunfadores de la crisis y los nuevos gobernantes de la comunidad durante el siglo XVII. Por estas vías se elevaron los guipuzcoanos Oquendo, Beroiz, Lajust, Amézqueta, Aristeguieta, Soroa, Otaegui, Tompes, Urtarte, Leizaur, Arriola, Berrotarán o Zuaznábar, o los vizcaínos Martínez de Recalde, Arespacochaga, Bengolea, Elosu, Otalora, Zabala, entre muchos otros.

Los Oquendo ofrecen un excelente ejemplo de este ascenso y aristocratización a lo largo de tres generaciones. Se trata de gente nueva de orígenes más o menos modestos que, desde mediados del siglo XVI, se enriquecieron gracias a las Indias y al servicio al rey, con una mezcla de comercio, contrabando, corso, construcción de naos y servicios navales a la Corona, que colocaron enseguida sus capitales en rentas seguras de casa, tierras y juros, que consiguieron hábitos y otros honores, que entroncaron con lo mejor de la sociedad donostiarra y guipuzcoana, emparentando con descendientes de antiguos parientes mayores, y que continuaron en el servicio al rey y los negocios con la Corona, obteniendo señoríos, censos y encomiendas y, por último, títulos nobiliarios, ya sea de la mano del soberano, ya sea por vía de matrimonios. Muchas de estas familias entroncarían a lo largo del siglo XVII, concentrando sus mayorazgos, como muestra el propio ejemplo de los Oquendo, cuyos descendientes reunían siete mayorazgos a finales del siglo³¹.

La posición en cargos o el control de recursos económicos fue un medio habitual de favorecer a parientes, amigos y dependientes, siguiendo las pautas grupales que constituían la esencia de aquella sociedad. La dirección de las nuevas economías al servicio de la Corona ponía en manos de sus promotores una capacidad notable de distribución de recursos y de influencia clientelar. Así, por ejemplo, don Miguel de Oquendo tuvo bajo su mando la dirección de sectores muy importantes de la economía de guerra naval de la Corona y la provincia de Guipúzcoa. Como general de la Escuadra de Cantabria dirigió la preparación de la Escuadra de Guipúzcoa en 1582 y en 1587. De él dependía la distribución de enormes cantidades de dinero confiadas por la Corona, como los 500.000 ducados que le hizo llegar Felipe II en 1587³². Este dinero se encauzaba hacia la construcción de navíos, la fundición de artillería, la compra de armas, el aprovisionamiento de materiales y víveres, los salarios de los capitanes y los sueldos de los marinos; un flujo considerable que irrigaba amplios negocios y cuyo reparto dependía directamente de Oquendo.

Además, los cargos de la Monarquía permitían contratar otros puestos y favorecer a un amplio círculo de amistades y dependientes, lo que podía alimentar fidelida-

³⁰ Tratándose de empresas familiares, el matrimonio fue un elemento clave de la articulación de estos negocios.

³¹ I. de ARZAMENDI, *El Almirante D. Antonio de Oquendo*, San Sebastián, 1981; J.I. TELLECHEA, “María de Zandategui, viuda del general Miguel de Oquendo. Bienes de la familia del general muerto (1588)”, *BEHSS*, nº 22, 1988, p. 167-170.

³² J. I. TELLECHEA, *Otra cara de la Invencible. La participación vasca*, San Sebastián, 1988, p. 277.

des inquebrantables. Directa o indirectamente, los Oquendo tuvieron en sus manos el nombramiento de numerosos puestos de capitanes y mandos de la Armada para los que patrocinaron a sus hombres de confianza³³. Aquellos personajes también favorecieron la obtención de títulos o dignidades útiles para el ascenso social de su gente. Así, Miguel de Oquendo consiguió que el rey honrara con el título de capitanes de mar a los armadores de navío que participaban en su Armada³⁴. Estos son los capitanes de la generación de Oquendo que, junto a éste, conquistaron el poder municipal en San Sebastián en las últimas décadas del siglo XVI.

Estos procesos de cambio y de construcción política y económica no se dieron de forma pacífica. Hubo conflictos, ganadores y perdedores. Con las reorientaciones económicas de los siglos XVI y XVII, los intereses de los líderes de las nuevas actividades chocaron a veces con intereses establecidos y desplazaron a familias otrora muy afortunadas y poderosas (de las cuales parece que sobrevivieron principalmente aquellas que se reorientaron y entroncaron con las nuevas familias, como muestra en San Sebastián el ejemplo de los Beroiz). Así, entre 1578 y 1582 tuvieron lugar en San Sebastián conflictos por el control del gobierno municipal muy significativos. Se trató de un choque de intereses entre facciones de las élites relacionado con la emergencia de las nuevas economías y de rivalidades entre los hombres nuevos que se alzaban sobre esas bases y miembros de la aristocracia tradicional que intentaban impedir ese ascenso. Una facción estaba capitaneada por el general don Miguel de Oquendo, secundado por sus amigos y capitanes de mar, que dirigía la preparación de una armada para la campaña de las Azores, y la otra estaba encabezada por el círculo familiar de Juan López de Aguirre y sus primos, Martín de Santiago, alcalde de la villa, y Esteban de Santiago. Éstos eran miembros de la oligarquía que había gobernado la villa a lo largo del siglo y se encontraban entre los principales hombres de negocios de las economías tradicionales (expediciones a Terranova y tráfico de hierro con el Norte de Europa) que se vieron perjudicadas por las exigencias de la nueva economía de guerra³⁵.

En aquellos enfrentamientos, unos y otros contaron con sus parientes y dependientes, llegando a movilizar y abanderar a sectores populares. El conflicto se resolvió a favor de don Miguel de Oquendo y su generación de capitanes de mar, que ocuparon alcaldías y regidurías durante las últimas décadas del siglo XVI y el primer tercio del XVII, mientras que Juan López de Aguirre y sus parientes perdieron sus posiciones en el gobierno municipal³⁶. De un modo general, las familias gobernantes de la villa a lo largo del siglo XVII fueron aquellas que se hallaban vinculadas más o menos estrechamente a las riquezas de la Corona y del imperio colonial. De diversos modos, esta vinculación sirvió para reforzar la articulación política de la villa en el seno de la Monarquía.

En efecto, las relaciones en la corte y en elevadas instancias civiles y eclesiásticas, el control y dirección de economías pujantes a la sombra de la Corona, los car-

³³ J.M. IMÍZCOZ, "Hacia nuevos horizontes, 1516-1700", en M. ARTOLA (dir.) *Historia de Donostia-San Sebastián*, Nerea, 2000, p. 157.

³⁴ I. DE ARZAMENDI, "Aspectos de la biografía de don Antonio de Oquendo", *BEHSS*, nº 12, 1978, p. 112.

³⁵ Entre otras razones, por la Pragmática Real de 1579, desfavorable a los comerciantes extranjeros, la confiscación de barcos y las levas de marinería para la Real Armada.

³⁶ J.M. IMÍZCOZ, "Hacia nuevos horizontes, 1516-1700", en M. ARTOLA (dir.) *Historia de Donostia-San Sebastián*, Nerea, 2000, pp. 130, 152 y 159-160.

gos y honores al servicio del rey y el control de los cargos municipales y eclesiásticos fueron elementos importantes de la hegemonía en la villa de estas nuevas élites. Así lo muestra el ejemplo de San Sebastián. La dirección del ayuntamiento confería notables posibilidades de influencia clientelar, al disponer del nombramiento de un número elevado de cargos subalternos, de la designación de beneficios eclesiásticos –bajo patronato del regimiento–, así como de la adjudicación de arriendos y servicios relacionados con el aprovisionamiento de la ciudad, o de la dirección de obras y gastos, que movilizaban importantes caudales.

El prestigio y la influencia de estas élites se alimentó también mediante su política de donación. Sus fundaciones de conventos, financiación de iglesias y retablos, creación de capillas, donativos a hospitales, obras pías y fundaciones asistenciales, dotación de maestros de escuela o limosnas a los pobres les dieron un aura de benefactor de la villa. El ejemplo de San Sebastián muestra que las principales fundaciones de conventos de los siglos XVI y XVII fueron realizadas por las familias (Idiáñez, Lajust-Amézqueta, Oquendo) que se elevaron al servicio del rey y en la economía colonial. Esta liberalidad fue celebrada de diversos modos, mediante fiestas e inauguraciones, y las instituciones eclesiásticas beneficiadas, cuyos rectores formaban muchas veces parte de la propia parentela, fueron, a través de sus predicaciones y loas, eficaces cajales de resonancia de los méritos del benefactor y de su linaje.

Además, el prestigio de estas familias se reforzaba continuamente mediante su preeminencia en las iglesias, procesiones y demás actos públicos, su recibimiento al rey y a los personajes de la familia real en sus visitas a la villa, mediante sus capillas particulares, honras fúnebres y otros elementos simbólicos, o mediante la organización de fiestas participativas en las que la ciudad se representaba con sus autoridades y benefactores en cabeza.

2. LAS ÉLITES VASCAS Y NAVARRAS EN “LA HORA DEL XVIII”

Con la llegada de los Borbones se produjo en España una importante elevación de nuevas élites gobernantes. Felipe V, que en la guerra de Sucesión sufrió la desafección de una parte de los Grandes desplazó parcialmente a la alta aristocracia castellana, que había controlado hasta entonces los cargos de gobierno, en favor de una nueva nobleza elevada por el rey³⁷. Para gobernar más libremente, sin la presión tradicional de los poderosos del reino, Felipe V, como luego Carlos III, se rodeó especialmente de extranjeros (franceses, italianos, holandeses, irlandeses, etc), de hombres de la periferia, como esos vascos, navarros, montañeses y asturianos que poblaron la Administración real, o de los representantes de aquellas familias minoritarias de la élite aragonesa, catalana y valenciana que habían seguido a Felipe V en contra de la mayoría austracista de sus reinos³⁸.

³⁷ H. KAMEN, *La Guerra de Sucesión*, Barcelona, 1974, cap. V.

³⁸ J.P. DEDIEU y Z. MOUTOUKIAS, “Approche de la théorie des réseaux sociaux”, en J.L. CASTELLANO y J.P. DEDIEU (dirs.), *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l’Ancien Régime*, Paris, CNRS, 1998, p. 26; J.P. DEDIEU, “Dinastía y élites de poder en el reinado de Felipe V”, en p. FERNÁNDEZ ALBALADEJO (ed.), *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, 2001, pp. 381-399.

Sin embargo, este cambio no fue puramente circunstancial, ni una simple renovación de las familias gobernantes. A la larga, cobra su pleno significado en el contexto más general de las reformas administrativas y económicas que llevaron a cabo los Borbones y, en definitiva, en el proceso de construcción del Estado burocrático, financiero e ilustrado que llevaría al Estado liberal. Como sugeriremos más adelante, en esta experiencia se forjaron importantes agentes de cambio histórico, de tal modo que, para las familias que participaron activamente en este proceso, la “hora del XVIII” no fue un mero episodio más de las relaciones tradicionales entre las élites regionales y la Corona, sino que cobró un nuevo significado.

Aquella renovación abrió un espacio político y económico considerable para los miembros de nuevas familias, favoreciendo una corriente de ascenso que aprovecharon para alcanzar las más altas instancias políticas y honoríficas³⁹. Este proceso permitió a muchos hidalgos norteños pasar en dos generaciones de la azada y el comercio al gobierno de la Monarquía⁴⁰.

En este sentido, el ejemplo de los baztanenses es paradigmático⁴¹. El ascenso de un poderoso grupo de baztanenses en la corte de Felipe V tuvo sus bases, ya en tiempos de Carlos II, en un grupo de comerciantes y hombres de negocios que provenían de casas campesinas de un valle hidalgo del norte de Navarra y que, estrechamente vinculados por relaciones de parentesco y de paisanaje, actuaban en el comercio peninsular y americano. Siguiendo aquella dinámica, probablemente no hubieran pasado de ser un grupo más de hombres de negocios, pero, gracias a la confianza del soberano, se elevaron poderosamente. En particular, Juan de Goyeneche, uno de los principales promotores de aquel grupo, obtuvo la confianza de Carlos II como su tesorero privado, y luego de Felipe V, destacando como aprovisionador y armador de los ejércitos reales en los momentos más difíciles de la Guerra de Sucesión⁴². Sobre esta base se elevó un amplio grupo de familias emparentadas entre sí que se introdujeron como asentistas y arrendadores de las finanzas de la Corona, como secretarios y tesoreros de las casas reales y como gobernantes de la Monarquía. Estos hombres de negocios tendieron a rodearse de familiares que hacían venir desde la aldea para trabajar con ellos. Promo-

³⁹ Yolanda Aranburuzabala recensa un total de 591 caballeros vascos y navarros que obtuvieron hábitos en las Órdenes militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Carlos III, a lo largo del siglo XVIII: 89 naturales de Alava, 165 de Vizcaya, 117 de Guipúzcoa y 220 de Navarra. Cf. “Caballeros alaveses, vizcaínos, guipuzcoanos y navarros en las órdenes militares durante el siglo XVIII. Los honores de la Corona”, en Simposio sobre “Las élites vasco-navarras y la Monarquía hispánica (siglos XVI-XVIII)”, Vitoria-Gasteiz, 29-30 de octubre de 2003; J.M. IMÍZCOZ, “Los caballeros del cambio: Un proceso de la España señorial al Estado liberal”, en II Jornadas sobre *Las Órdenes Militares y su territorio*, Zorita (Guadalajara), 19-21 de octubre de 2007 (en prensa).

⁴⁰ No hay que olvidar, sin embargo, que, junto al ascenso abundante de nuevas familias, hubo también una continuidad de antiguas familias de servidores de la Monarquía. J.M. IMÍZCOZ, “La formación de una nueva nobleza: hidalguía universal, caballeros de hábitos y élites estatales en el siglo XVIII”, en Congreso Internacional *Nobleza hispana, nobleza cristiana: La Orden de San Juan*, Alcázar de San Juan, 1-4 de octubre de 2008.

⁴¹ J. CARO BAROJA, *La hora navarra del XVIII*, Pamplona, 1969; J.M. IMÍZCOZ, “De la comunidad a la nación: élites locales, carreras y redes sociales en la España moderna (siglos XVII-XIX)”, en J.M. IMÍZCOZ (dir.), *Élites, poder y red social. Las élites del País Vasco y Navarra en la Edad Moderna*, Bilbao, 1996, pp. 193-210; *Ibid.*, “La hora navarra del XVIII: relaciones familiares entre la monarquía y la aldea”, en *Juan de Goyeneche y el triunfo de los navarros en la Monarquía hispánica del siglo XVIII*, Pamplona, Fundación Caja Navarra, 2005, pp. 45-77.

⁴² J. CARO BAROJA, *La hora navarra...*, pp. 90-91 y 106-111; C. SANZ AYAN, *Los banqueros de Carlos II*, Universidad de Valladolid, 1989, p. 569; H. KAMEN, *La Guerra de Sucesión*, Barcelona, 1974, pp. 81-82, 206, 234, 254, 258 y 413.

cionaron poderosamente a sus hijos, sobrinos y demás parientes los colocaron como secretarios y tesoreros de la familia real, los introdujeron en secretarías y consejos, los situaron en la jerarquía militar y eclesiástica y, en los casos más elevados, fundaron mayorazgos y consiguieron títulos nobiliarios y empleos honoríficos en la casa real⁴³.

Además de la mano del rey y del dinero⁴⁴, las trayectorias de estos personajes se apoyaron en unas específicas relaciones de parentesco, de amistad, de paisanaje y de patronazgo⁴⁵. La política de estas familias se basó en la colocación sistemática de los segundones en el comercio y la administración real, y en el recurso sistemático al parentesco colateral. Mientras que en una economía agraria la relación paterno-filial y el linaje eran claves para la transmisión de la tierra y del estatus, en la economía en que se adentraron estas familias, la del Estado, el gran comercio y el imperio colonial, las claves para acceder a los diversos espacios, fuentes de poder y riqueza fueron el parentesco colateral, en primer lugar, y la apertura de la red familiar a través de las alianzas matrimoniales, de las amistades profesionales y de otras relaciones como el paisanaje y el patronazgo⁴⁶.

Como muestra, en particular, la correspondencia epistolar de familias baztanasas de “la hora navarra del XVIII”, como los Gastón de Iriarte, las carreras de aquellos hombres se sustentaron, desde la infancia, en una política familiar de colocación consciente y estable que se basaba en el apadrinamiento por los parientes ya establecidos en el ámbito de la Monarquía —que colocaban y financiaban la carrera de sus jóvenes parientes—, y pasaba por el aprendizaje del castellano, de la lectura, la escritura y la aritmética⁴⁷. La colocación en la casa de comercio o en la empresa familiar, o la promoción en la Administración, la Iglesia o el Ejército fue la regla general, aunque se exigía de los jóvenes comportamientos adecuados, trabajo, méritos y correspondencia. Por estos cauces, el ascenso de un personaje tenía un efecto multiplicador y se traducían, siguiendo las relaciones de parentesco, en la elevación de un grupo de parientes. Esta base se completaba con las relaciones de amistad, de paisanaje y de patronazgo que la familia utilizaba para sus negocios y promoción. Entre otros cauces, las cofradías religiosas y “congregaciones nacionales” establecidas por los paisanos en las principales ciudades de la península y de América sirvieron como círculos de sociabilidad en que se reforzaron las relaciones de amistad y de paisanaje. Estos vínculos fueron un capital relacional que sirvieron para conquistar mercados y espacios de poder, desplazando a competidores en contextos concurrenciales.

⁴³ J.M. IMÍZCOZ y R. GUERRERO, “Familias en la Monarquía. La política familiar de las élites vascas y navarras en el Imperio de los Borbones”, en J.M. IMÍZCOZ (ed.), *Casa, familia y sociedad (País Vasco, España y América, siglos XV-XIX)*, Bilbao, UPV, 2004, pp. 177-238.

⁴⁴ ANDÚJAR CASTILLO, F., *Necesidad y venalidad. España e Indias, 1704-1711*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008; *Ibid.*, *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2004.

⁴⁵ J.M. IMÍZCOZ, “Parentesco, amistad y patronazgo. La economía de las relaciones familiares en la hora navarra del XVIII”, en C. FERNÁNDEZ y A. MORENO (eds.), *Familia y cambio social en Navarra y el País Vasco, siglos XIII-XX*, Pamplona, 2003, pp. 165-216.

⁴⁶ J.M. IMÍZCOZ, “Élites administrativas, redes cortesanas y captación de recursos en la construcción social del Estado moderno”, *Trocadero. Revista de Historia Moderna, Contemporánea, de América y del Arte* (19) 2007, pp. 11-30.

⁴⁷ J.M. IMÍZCOZ, “El patrocinio familiar. Parentela, educación y promoción de las élites vasco-navarras en la Monarquía borbónica”, en F. CHACÓN y J. HERNÁNDEZ, *Familias, poderosos y oligarquías*, Murcia, 2001, pp. 95-132.

Los miembros de estas familias destacaron en diversos ámbitos de riqueza y poder. Entre ellas hallamos un número elevado de grandes comerciantes de la Península y de las Indias. En muchos casos, hubo familias de comerciantes que, a partir de una primera capitalización en el comercio peninsular y americano, se elevaron en actividades económicas relacionadas con la Corte y con el Estado. Las principales familias conquistaron posiciones hegemónicas en los grandes circuitos mercantiles y financieros: en el aprovisionamiento de las casas reales y aristocráticas de la Corte y en la dirección en los Cinco Gremios Mayores de Madrid; en la exportación de lanas y la importación de manufacturas con el Norte de Europa; en el comercio con las Indias, entre otras cosas con la exportación de hierro y la importación de coloniales, a través de sus casas de comercio particulares y de las compañías privilegiadas de comercio que fundaron a lo largo del XVIII; así como en el aprovisionamiento mercantil e industrial del Ejército. Según las estimaciones de J. Cruz, los grupos de comerciantes norteños representaban el 79% de los grandes comerciantes de Madrid entre 1750 y 1850, y la gran mayoría provenían de los valles de Cantabria y del País Vasco⁴⁸. Así mismo, algunas de estas familias destacaron entre los principales financieros de la Corona, asentistas y arrendadores de rentas reales, y sus representantes se introdujeron en la Administración de la Real Hacienda y ejercieron funciones destacadas en el gobierno de las finanzas de la Corona y en la administración de las fábricas reales. De hecho, desde el reinado de Carlos II, los asentistas extranjeros —que habían sido genoveses, primero, y luego portugueses— cedieron la plaza cada vez más a asentistas españoles, que fueron claramente dominantes en el siglo XVIII. Del grupo de los principales banqueros madrileños entre 1750 y 1850, el 56,5% (13 de 23) provenían del Norte, especialmente de las provincias vascas, Navarra y la Rioja⁴⁹.

Así mismo, miembros de muchas de estas familias ejercieron cargos en las casas reales, especialmente como secretarios y tesoreros, jugando un papel importante en la gestión burocrática y económica de palacio. Hay indicios de que estas posiciones les procuraban varias ventajas, como encauzar el aprovisionamiento de las casas reales, lo que les daba posiciones ventajosas para sus negocios mercantiles y los de sus parientes, o controlar el reclutamiento de los cargos subalternos de la casa real, introduciendo a gente de su parentela. La cercanía a los reyes les permitía obtener directamente del monarca mercedes para sus parientes, por ejemplo cargos en el alto clero, sin tener que pasar por el pesado aparato burocrático. Estas posiciones en la casa real les resultaron especialmente ventajosas al simultanearlas con cargos en la Administración de Hacienda y con negocios particulares como asentistas y comerciantes⁵⁰.

En el siglo XVIII, la presencia de vascos y navarros fue particularmente destacada en la alta administración, especialmente en las administraciones nuevas, reformadas o ampliadas por los Borbones a lo largo del siglo, como las Secretarías del Despacho o

⁴⁸ J. CRUZ, *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la Revolución liberal española*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 36, 40. R. TORRES SÁNCHEZ (ed.), *Capitalismo mercantil en la España del siglo XVIII*, Pamplona, Eunsa, 2000.

⁴⁹ J. CRUZ, *Los notables de Madrid...*, pp. 70-71 y 80; S. AQUERRETA, *Negocios y finanzas en el siglo XVIII: la familia Goyeneche*, Pamplona, Eunsa, 2001; Sobre las prolongaciones de algunas de estas familias de financieros de origen vasco-navarro en la primera mitad del XIX, cf. A. OTAZU, *Los Rothchild y sus socios en España, 1820-1850*, Madrid, 1987, pp. 300-301, 307, 336-340.

⁵⁰ J. CARO BAROJA, *La hora navarra del XVIII...* p. 65.

las intendencias. En la cúpula del Estado, las Secretarías del Despacho –superpuestas a la tradicional estructura polisinodial– se convirtieron (claramente en la segunda mitad de la centuria) en el centro del aparato político-administrativo de la Monarquía, germen de los futuros ministerios. En particular, destacaron como secretarios del Despacho el vizcaíno Sebastián de la Cuadra, marqués de Villarías (Guerra y después Estado), el guipuzcoano Juan Bautista de Orendain, marqués de la Paz (Estado), el alavés Eugenio de Llaguno y Amírola (Gracia y Justicia); o los navarros Juan Bautista de Iturralde y Gamio, marqués de Murillo (Hacienda), Miguel de Muzquiz y Goyeneche, conde de Gausa (Hacienda), Nicolás Ambrosio de Garro y Arizcun –hijo de baztaneses– marqués de las Hormazas (Hacienda) y Casimiro de Uztáriz, marqués de Uztáriz (Guerra). Estos ministros tuvieron un gran poder efectivo. Desde estas posiciones gozaron también de una inmensa capacidad de patronazgo sobre sus parentelas, sus amistades y sus comunidades de origen⁵¹.

Los miembros de estos grupos familiares se reprodujeron en dichas administraciones mediante apadrinamientos. Como muestra la fuerte concentración de baztaneses en la secretaría de Hacienda, los mecanismos habituales de patrocinio familiar y la endogamia matrimonial y profesional de estas familias propiciaron concentraciones de grupos de parientes y paisanos en determinadas administraciones. Así mismo, en ocasiones se formaron dinastías ministeriales, como las de La Cuadra-Llano o Uztáriz-Fajardo, que se reprodujeron en la alta administración a lo largo de varias generaciones⁵².

Las posiciones de los miembros de estas familias en las casas reales y en la alta Administración les permitieron colocar a sus parientes en elevadas carreras militares y eclesiásticas. Hubo abundantes carreras en la jerarquía militar. Gracias a su capital relacional, los jóvenes de estas familias ingresaron en los cuerpos y academias más elitistas del Ejército y la Marina –como las Guardias Reales, las Guardias Marinas o la Academia de Artillería– que tradicionalmente habían sido el coto preferido de la más alta nobleza y de los hijos de generales. Siguiendo pautas de apadrinamiento, de auto-reclutamiento y de endogamia matrimonial, tendieron a crear sagas familiares, introduciendo a sus hijos y sobrinos en estas carreras y casando con hijas de militares. Entre otras muchas, destacaron sagas de militares y marinos como los vizcaínos Mazarredo o Urrutia, los guipuzcoanos Churruca, Idiáquez o Areizaga, los alaveses Ruiz de Apodaca, Aguirre, Urbina, o Álava, o los baztaneses Gastón de Iriarte.

Estas carreras tuvieron importantes consecuencias políticas. Muchas veces, el generalato en el Ejército llevaba a ejercer gobiernos político-militares: comandan-

⁵¹ GUERRERO ELECALDE, Rafael, “El “partido vizcaíno” y los representantes del rey en el extranjero. Redes de poder, clientelismo y política exterior durante el reinado de Felipe V”, en *Actas de la VIII Reunión Científica Fundación Española de Historia Moderna. Madrid, 2-4 junio 2004, vol. II*, FEHM, Madrid, 2005, pp. 85-100; *Ibid.*, “Las cábalas de los “vizcaínos”. Vínculos, afinidades y lealtades en las configuraciones políticas de la primera mitad del siglo XVIII: La red del marqués de la Paz”, en *Actas del Congreso Internacional Las élites de la Época Moderna: La Monarquía española. Córdoba, 25-27 de octubre de 2006*, (en prensa).

⁵² M.V. LÓPEZ-CORDÓN, “Cambio social y poder Administrativo en la España del siglo XVIII” en J. L. CASTELLANO (ed.), *Sociedad, Administración y poder en la España del Antiguo Régimen*, Universidad de Granada, 1996, pp. 116-117; G.A. FRANCO RUBIO, “La Secretaría de Estado y Despacho de Guerra en la primera mitad del siglo XVIII”, en J. L. CASTELLANO (ed.), *Sociedad, Administración y poder...*, p. 149-151; CASTELLANO, J.L.; DEDIEU, J.P.; LÓPEZ CORDÓN, M.V. (eds.): *La pluma, la mitra y la espada. Estudios de Historia Institucional en la Edad Moderna*. Madrid, Universidad Burdeos/Marcial Pons, 2000.

cias, gobernaciones, capitanías generales y virreinos en las Indias⁵³. Esto explica el importante número de virreyes y gobernadores vasco-navarros en América durante la segunda mitad del siglo XVIII. Como muestra el ejemplo de los virreyes baztaneses Pedro de Mendinueta y Múzquiz, sobrino del ministro Múzquiz, virrey de Santa Fe a partir de 1797; Agustín de Jáuregui y Aldecoa, virrey del Perú entre 1780 y 1784, o su yerno y primo político José Joaquín de Iturrigaray y Aróstegui, virrey de Nueva España en 1802. Estos gobernantes formaban parte de la segunda generación de aquellas familias que, a comienzos del siglo XVIII, se habían elevado con Felipe V y que ahora se encontraban de nuevo entre los principales agentes de la Monarquía.

Así mismo, aquellas familias colocaron a sus vástagos en la más elevada jerarquía eclesiástica, como muestra la extensa nómina de obispos y dignidades catedralicias en la Península y en América. Entre ellos destacaron obispos como los vizcaínos Pedro de la Quadra y Achiga, arzobispo de Burgos, José Yermo, arzobispo de Santiago, o Manuel de Mollinedo, obispo de Cuzco; los alaveses Juan Saenz de Buruaga, arzobispo de Zaragoza, Gaspar de Montoya, obispo de Salamanca, o Juan Antonio de Viana, obispo de Caracas; los guipuzcoanos Juan Antonio de Lardizábal, obispo de la Puebla de los Ángeles, Agustín de Lezo, obispo de Pamplona, o Martín de Celayeta, obispo de León, o los baztaneses Martín de Elizacochea, obispo de Durango y de Valladolid de Michoacán, Juan Lorenzo de Irigoyen y Dutari, obispo de Pamplona, o Pedro Luis de Oza y Múzquiz, obispo de Calahorra-La Calzada.

Por debajo de estos obispos y arzobispos, hubo un número importante de arcedianos, capiscolos, maestrescuelas y simples canónigos en muy diversas catedrales de la Península y de las Indias. Como en los casos anteriores, estas carreras se apoyaron –además del mérito personal– sobre el apadrinamiento del círculo familiar. Por un lado, los miembros cortesanos de estas parentelas captaron el patronato regio a favor de sus familiares. Por otro, los propios prelados ejercieron un patrocinio directo sobre sus jóvenes parientes, a los que financiaban los estudios, procuraban cargos eclesiásticos y colocaban como sus colaboradores más inmediatos. Como en otras carreras, estos mecanismos tuvieron un efecto multiplicador notable⁵⁴.

Estos sectores de poder aparentemente diferentes, como la Administración real, el Ejército o la Iglesia, no estuvieron, desconectados, sino todo lo contrario. Gracias a su considerable capital relacional en la corte, las redes de las principales familias se elevaron simultáneamente en los más altos cargos de gobierno civiles y eclesiásticos, como muestran, por ejemplo, las redes de los encartados vizcaínos La Cuadra-Mollinedo-Las Casas, en la primera mitad del siglo XVIII⁵⁵, o de los baztaneses Múzquiz-Mendinueta-Ozta en la segunda mitad del siglo.

⁵³ F. ANDÚJAR, *Los militares en la España del siglo XVIII. Un estudio social*, Granada, 1991, p. 367; F. ANDÚJAR, “Las élites de poder militar en la España borbónica” en J. L. Castellano (ed.), *Sociedad, Administración y poder...*, p. 234; PERALTA RUIZ, V., *Patrones, clientes y amigos. El poder burocrático indiano en la España del siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 2006.

⁵⁴ J.M. IMÍZCOZ y M.V. GARCÍA DEL SER, “El alto clero vasco y navarro en la monarquía hispánica del siglo XVIII: bases familiares, economía del parentesco y patronazgo”, Simposio sobre *Iglesia, monarquía y sociedad en América bajo el dominio español*, 52 Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla, 17-21 de julio de 2006 (en prensa).

⁵⁵ F. MARTÍNEZ RUEDA, *Los poderes locales en Vizcaya. Del Antiguo Régimen a la Revolución Liberal (1700-1853)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1994, pp. 222-223.

Como en el pasado, la cercanía al rey y los cargos de gobierno favorecieron los negocios particulares de estas familias. El ejemplo mejor conocido es el del grupo de hombres de negocios baztaneses que, especialmente asociados a las finanzas de la Corona desde el reinado de Felipe V, constituyeron una de las principales columnas del capitalismo borbónico. Estrechamente vinculados por relaciones de parentesco, paisanaje y negocios, estos hombres se enriquecieron simultaneando sus actividades mercantiles y financieras como asentistas y arrendadores, con oficios en las casas reales como secretarios y tesoreros, y con cargos de dirección en la administración de Hacienda.

Desde sus posiciones en la corte, una serie de baztaneses y guipuzcoanos lideraron algunas de las principales realizaciones de la primera economía capitalista española, como las compañías privilegiadas de comercio o el Banco Nacional de San Carlos⁵⁶. La fundación de estas compañías a lo largo del siglo XVIII muestra la capacidad de aquel círculo cortesano de hombres de negocios y burócratas para obtener el privilegio real. Estrechamente asociados entre sí y con sus parientes y paisanos del comercio americano por relaciones de parentesco y por negocios comunes, fundaron la Compañía Guipuzcoana de Caracas (1728), la Compañía de La Habana (1740) o la Compañía de Buenos Aires (1754), desbancando a competidores que pugnaban por las mismas fuentes de riqueza, pero que, al parecer, no gozaban de tanta fuerza en la corte.

Esta “hora del XVIII” se manifestó igualmente en el Imperio colonial. Abundantes estudios muestran la presencia notable de comerciantes, mineros, burócratas, militares y eclesiásticos vascos y navarros en la América del XVIII, el poderío económico de muchos de ellos y su integración en las oligarquías criollas por medio del matrimonio. Basta recordar los casos de los Aycinena en Guatemala, los Fagoaga y los Bassoco en México, los Elizalde, los Goyeneche o los Aguerrevere y Lostra en Perú, o los Anchorena, los Aguirre y Micheo, los Belaústegui o los Alzaga en Buenos Aires⁵⁷.

El poder de estas familias en las colonias se reforzó a través de su control del comercio colonial y de sus cargos de gobierno políticos y eclesiásticos. En los casos más elevados, se observa una conexión familiar entre la presencia de parientes en la corte, la obtención de cargos de gobierno y la captación de privilegios comerciales. Una vez más, la dinámica de estas familias tuvo un significado histórico que iba más allá de las simples trayectorias y negocios particulares. Es probable que la continuidad de estas redes de un continente a otro, y de la corte a las diferentes instancias y territorios de la Monarquía⁵⁸, contribuyera a mantener la unidad imperial más que muchas reformas que quedaron en letra muerta⁵⁹. De hecho, los miembros de aque-

⁵⁶ J.M. IMÍZCOZ, “De la Corte a la aldea y de España a América: las redes familiares de los baztaneses en el imperio de los Borbones”, Mesa Redonda Internacional sobre *Actores y conflictos en las ciudades de la Monarquía hispánica (siglos XVI-XX)*, París, EHESS, 5 y 6 de febrero de 1999.

⁵⁷ E. CAULA, *Tramas familiares y configuraciones mercantiles de origen vasco en el pasaje del orden político colonial al revolucionario. El Río de la Plata entre 1776 y 1820*, tesis doctoral Universidad del País Vasco, 2008.

⁵⁸ G. TARRAGÓ, “En los márgenes de la monarquía. Configuraciones espaciales y nueva territorialidad borbónica: el Río de la Plata en la primera mitad del siglo XVIII”, *III Jornadas de Historia de las Monarquías Ibéricas. Las Indias Occidentales: procesos de integración territorial (siglos XVI-XIX)*, México, El Colegio de México/Red Columnaria, 25,26 y 27 de septiembre de 2007 (en prensa).

⁵⁹ M. BERTRAND, “Familles, fidèles et réseaux: les relations sociales dans une société d’Ancien Régime”, en J.L. CASTELLANO y J.P. DEDIEU (dirs), *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l’Ancien Régime*, Paris, CNRS, 1998, p. 189.

llas familias jugaron un papel especialmente significativo en la política reformista de los Borbones –en particular con Carlos III– en su intento de retomar en mano un imperio colonial que se había criollizado fuertemente en el siglo XVII⁶⁰. Como hemos visto, los intereses particulares de estas familias estaban muchas veces estrechamente asociados a los intereses de la Corona a quien servían. Así, por ejemplo, la función que el gobierno otorgaba a las compañías privilegiadas que los miembros de aquellas familias fundaron no era exclusivamente comercial, sino que también les atribuía funciones militares, de abastecimiento, defensa y control de territorios periféricos del imperio amenazados por potencias extranjeras.

¿Qué rasgos sociales y culturales caracterizaron a estas nuevas o renovadas élites dirigentes del Estado borbónico? ¿Qué diferencias les distinguen, en particular, con respecto a la aristocracia tradicional? ¿Qué significado tuvo la emergencia de estas nuevas élites dirigentes con respecto a los procesos de cambio que se produjeron en la España del siglo XVIII y del primer tercio del XIX, con respecto a los inicios de la Modernidad y a la formación del Estado liberal? Aunque es demasiado pronto para pronunciarse, algunos rasgos sugieren hipótesis de partida.

La definición de estos grupos sociales no es sencilla por varias razones. La gran profusión de personajes, situaciones, actividades, carreras y asentamientos geográficos –en la Península y en las Indias– de los miembros de estas familias y parentelas dificulta una percepción de conjunto. Además, nos hallamos ante una realidad muy cambiante, ante grupos de familias que experimentan intensos procesos de movilidad social y geográfica. Muchas familias ascienden rápidamente, de forma mucho más rápida de lo que era habitual en los procesos de ascenso social típicos del Antiguo Régimen, pasando incluso, en dos generaciones, de campesinos comerciantes a ministros o virreyes. Baste recordar los ejemplos de los alaveses Ruiz de Apodaca, de los vizcaínos Negrete, Ordeñana y Gardoqui, o de los baztaneses Goyeneche, Gastón de Iriarte, o Múzquiz, entre tantos otros. Esta misma movilidad hace que se diversifiquen y multipliquen los estatus sociales en el seno de un mismo grupo de parentesco. En efecto, estos grupos de familias llegan a comprender a gente de estatutos o clases muy diferentes. Campesinos, comerciantes, virreyes, generales, obispos y títulos pueden ser entre sí hermanos, o primos carnales, o tíos y sobrinos, y mantener relaciones estrechas, formando parte de una misma red social, círculo o grupo de funcionamiento, esto es, un grupo real, de experiencia, no un grupo nominal. Tienen conciencia de formar parte del mismo grupo de parentesco –aunque en posiciones desiguales– y sus vínculos son realmente operativos –no meramente nominales–, con intercambios más o menos intensos de servicios y solidaridades en su seno. De hecho, esta desigualdad es un motor principal de la dinámica de patrocinio en estos grupos.

Como hemos sugerido en otros trabajos, la diversidad de actividades, estatutos y asentamientos de los miembros de estos grupos familiares hace necesaria una historia social que supere los límites de la historiografía que se ha ocupado tradicionalmente de ellos: un análisis en clave de red que relacione los compartimentos estancos –socioprofesionales, espaciales, familiares– para poderlos percibir en su globa-

⁶⁰ J. LYNCH, “El reformismo borbónico e Hispanoamérica”, en A. GUIMERÁ (ed.), *El reformismo borbónico*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 40-45.

lidad, desde su coherencia interna, y entender mejor su significado y función en los procesos históricos de cambio en que fueron agentes de primera magnitud⁶¹.

Los intentos de definición social de estos grupos se han planteado esencialmente en términos de “nobleza o burguesía”. Sin embargo, su realidad social no casa plenamente con ninguno de los dos conceptos, a menos que se violenten. ¿Cómo definirlos? ¿Se trata de burgueses ennoblecidos? ¿De nobleza comerciante? Tratándose de élites gobernantes del Estado, la misma mezcla de elementos “nobles” y “burgueses” indica su relativa novedad con respecto a las clasificaciones tradicionales propias de la sociedad aristocrática del Antiguo Régimen. Antonio Morales Moya observó hace tiempo este ascenso de nuevas élites dirigentes al gobierno de la Monarquía durante el siglo XVIII, criticando el calificativo de “burguesía” y definiéndolas como una nobleza media y baja que desplazó del gobierno a la alta nobleza⁶².

Sin embargo, aunque estatutariamente son nobles, detrás de la fachada del estatus a las realidades sociales son más complejas. En algunos casos se trata de familias de la nobleza media que consiguieron títulos al cabo de un proceso de ascenso social a lo largo del siglo XVII. En muchos otros, se trata de miembros de familias con ascensos mucho más recientes y rápidos. Ciertamente, gozan de hidalguía originaria, de nobleza universal, y juegan el juego del ascenso social clásico, necesario para acceder a las posiciones de estatus y gobierno reservadas tradicionalmente a la aristocracia: consiguen hábitos, fundan mayorazgos y, en los casos más elevados, se hacen con señoríos y obtienen títulos nobiliarios. Sin embargo, estos indicadores son relativamente formales y no bastan para caracterizarlos. Ministros como Juan Bautista de Iturralde, marqués de Murillo, Sebastián de La Cuadra, marqués de Villarías, Juan Bautista de Orendain, marqués de la Paz, o Miguel de Múzquiz, conde de Gausa, son nobles –lo contrario era inconcebible–, pero también son campesinos, en el sentido de hombres nacidos en el campo, y en casas de labranza, no en palacios, y algunos de ellos se han forjado, antes de acceder al ministerio, en los negocios mercantiles y financieros. Proviene de familias de aldeas y villas norteñas que gozan de hidalguía colectiva y que ascienden a través del comercio, o acceden directamente a la alta administración gracias al apadrinamiento de sus parientes colaterales. Por otra parte, sus títulos nobiliarios y sus elevadas actividades burocráticas y cortesanas no excluyen, como muestran algunos ejemplos, que continúen con negocios mercantiles y financieros, a veces como socios capitalistas de sus parientes comerciantes y banqueros. Al mismo tiempo, una parte de su parentela continúa en actividades mercantiles o campesinas. Estos parientes colaterales, con los que mantienen relaciones más o menos estrechas, siguen en el comercio o se introducen sucesivamente en él, muy probablemente –como hemos podido constatar en varias ocasiones– con su apoyo político y financiero.

De todos modos, tratar de conceptualizar a estos grupos como más o menos nobles o más o menos burgueses no parece lo más significativo ni lo más relevante con respec-

⁶¹ J.M. IMÍZCOZ, “Parentesco, amistad y patronazgo. La economía de las relaciones familiares en la hora navarra del XVIII”, en C. FERNÁNDEZ y A. MORENO (eds.), *Familia y cambio social en Navarra y el País Vasco, siglos XIII-XX*, Pamplona, 2003, pp. 165-216. *Ibid.*, “Las redes sociales de las élites”, en Congreso Internacional *Las élites en la época moderna: la Monarquía española*, Córdoba, 25-27 de octubre de 2006 (en prensa).

⁶² A. MORALES MOYA, *Reflexiones sobre el Estado español del siglo XVIII*, Alcalá de Henares, 1987, pp. 23, 27-84. Debe de ser matizado con P. MOLAS, *Los gobernantes de la España moderna*, Madrid, Actas, 2008, pp. 224 ss.

to a lo que, creo, fue su principal papel histórico en los procesos de cambio en los que participaron, en particular en la transición del Antiguo Régimen al Estado liberal. La importancia concedida por los historiadores de este período al antagonismo entre nobleza y burguesía obedece a un modelo interpretativo que explicaba la crisis del Antiguo Régimen como una “revolución burguesa”, en el marco de un proceso general conceptualizado como el paso del feudalismo al capitalismo. Sin embargo, la observación del ascenso de estos grupos de familias nos sitúa ante otra perspectiva. Recientemente, Jesús Cruz ha defendido que la revolución liberal en España fue una revolución política llevada a cabo no por una “burguesía”, entendida como clase económica, sino por una élite dirigente de “notables” que fue, en buena parte, heredera de estas élites que, desde finales del siglo XVII y a lo largo del XVIII, accedieron al gobierno del Estado⁶³. En esta línea, la emergencia de las élites que estamos observando nos sitúa, más que ante un antagonismo entre nobleza y burguesía, ante un cambio de las élites dirigentes del Estado, que estaría relacionado, más que con un paso del feudalismo al capitalismo, con la transición del feudalismo al Estado liberal. Creo que, en este proceso, la diferencia más significativa –y decisiva a lo largo del XVIII– fue la que existía entre la nobleza señorial, esto es, la aristocracia tradicional, y las nuevas élites estatales, cualquiera que fuera su caracterización formal, o su supuesto grado de nobleza o burguesía. Desde este punto de vista, estaríamos asistiendo, a lo largo del siglo XVIII, a la formación de una clase dirigente, en buena medida nueva, establecida en el proceso de construcción del Estado burocrático, financiero y militar que desemboca en la formación del Estado liberal⁶⁴.

En efecto, el rasgo más definitorio de las familias que estamos observando es que se trata de élites administrativas, militares y mercantiles especialmente relacionadas con la construcción económica, administrativa y cultural del Estado moderno⁶⁵. Su posición, poder e identidad social no se debe a la posesión de importantes estados territoriales a escala peninsular, como era el caso de la alta nobleza señorial, ni a su posición privilegiada en el seno de poderosas oligarquías urbanas, con amplios poderes señoriales en un marco regional⁶⁶. Originarias de la pequeña y mediana nobleza norteña, de alodios que desde la Edad Media se mantuvieron en los márgenes del feudalismo, de aldeas y villas que consiguieron traducir su estatuto de comunidades de hombres libres en hidalguía colectiva⁶⁷, su ascenso y nueva condición social se debió a su enriquecimiento y servicio al rey en actividades burocráticas, militares, financieras y mercantiles en torno a la administración del Estado y del imperio colonial.

⁶³ J. CRUZ, *Los notables de Madrid*, Madrid, Alianza, 2000

⁶⁴ J.M. IMÍZCOZ, “La formación de una élite dirigente. Una genealogía social, de la comunidad a la nación”, Seminario científico *Monarquía, corte y poder en la España del siglo XVIII*, Almería, 11-13 de junio de 2007.

⁶⁵ DEDIEU, Jean-Pierre, “La muerte del letrado”, en F.J. Aranda Pérez (Coord.), *Letrados, juristas y burócratas en la España moderna*, Cuenca, Ed. de La Universidad de Castilla-La Mancha, 2005, pp. 479-511

⁶⁶ Una propuesta de tipología de las élites dirigentes en España según sus bases de poder, en J.P. DEDIEU y C. WINDLER, “La familia: ¿una clave para entender la historia política? El ejemplo de la España moderna”, *Studia historica*, Historia moderna, 18, 1998, pp. 224-227.

⁶⁷ J.M. IMÍZCOZ, “De las fronteras de la comunidad a las redes de la nación. Construcción de identidades y de exclusiones en la Vieja Europa”, Congreso Internacional *Les sociétés de frontière, de la Méditerranée à l’Atlantique (XVIe-XVIIe siècles)*, Madrid, Casa de Velázquez, 18-20 de septiembre de 2006 (en prensa); J.M. IMÍZCOZ, *Système et acteurs au Baztan*, Lille, ANRT, 1991 (tesis doctoral bajo la dirección del prof. Pierre Chaunu, Universidad de París-Sorbona, 1987) cap. 1

Aunque está por estudiar, parece que la política de alianzas matrimoniales de estas familias apunta en la misma dirección. Desde finales de la Edad Media, a medida que se construía y consolidaba la Monarquía hispánica, familias de la nobleza vasca y Navarra integradas a su servicio fueron entroncando con familias de la aristocracia castellana y aragonesa, como muestran las trayectorias de los condes de Orgaz, Ayala, Salinas, Javier, Lerín, y sus dominios pasaron a formar parte de los grandes estados castellanos, como el ducado del Infantado, el ducado de Alba o el ducado de Granada de Ega⁶⁸. Da la impresión de que, en el caso de las familias que observamos, la dinámica del siglo XVIII fue diferente. Parece que, siguiendo pautas de endogamia profesional y parental, las alianzas principales de estas familias de administradores, financieros y militares se establecieron entre la clase de nuevos servidores de la Monarquía. Así lo indican, entre otras muchas, las alianzas de los Goyeneche-Balanza-Ovando, Múzquiz-Clemente, Uztáriz-Fajardo-Montserrat, o La Quadra-Las Casas-O'Reilly-Girón. De ser así, las alianzas de las familias de servidores del Estado no habrían servido tanto para integrarse en los estados tradicionales heredados de la España señorial, como para formar la clase dirigente –administrativa, financiera y militar– del Estado borbónico.

Por otra parte, hay testimonios que muestran que los hombres de estas familias –aún siendo nobleza titulada– se sintieron bien diferentes de la aristocracia tradicional y con otros valores. Así, por ejemplo, un hombre como Gaspar de Munibe y Tello (Huamanga, 1711-1793), marqués de Valdelirios y consejero del Consejo de Indias y del Consejo de Estado, al escribir a su sobrino Javier María de Munibe e Idiáquez, conde de Peñafloreda, fundador de la Bascongada, manifestaba una aguda conciencia de servicio público al Estado y de la importancia de la educación y de los viajes como fuentes de progreso. Desde esta perspectiva, criticaba a la aristocracia española: “nuestra nobleza (...) sólo pretende su conservación en la existencia de sus generaciones, pero no en que tengan el fuste necesario para [que] sean hombres útiles en el Estado, porque suponen que el nacimiento suplirá las faltas que puede haber en la educación”⁶⁹. Creo que es en estos grupos de nuevas élites dirigentes del Estado, de la mano de hijos de estas familias, como José de Cadalso, donde se forja el discurso crítico ilustrado sobre las taras de la nobleza tradicional.

En el sentido contrario, a lo largo de todo el siglo XVIII hubo una abundante producción de panfletos criticando que el gobierno de la Monarquía estuviera en manos de extranjeros y reclamándolo para el partido de los verdaderos españoles. Aunque anónimos, detrás de estos duendes satíricos se ha visto la mano de Grandes apartados del gobierno a favor, efectivamente, de “extranjeros” a la alta aristocracia castellana, a la tradicional clase dirigente del reino⁷⁰. Dichas sátiras reprochaban a estos nuevos gobernantes sus orígenes humildes, su poder, enriquecimiento y orgullo, el buscar su interés y el de los suyos, y numerosos desmanes. Así, por ejemplo, en tiempos de Felipe V, el Duende de Madrid satirizaba de diversos modos a los Uztá-

⁶⁸ A. FLORISTÁN, *Historia de Navarra*, t.III: *Pervivencia y renacimiento, 1521-1808*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1994, p. 85.

⁶⁹ F. AROCENA, *Colección de documentos inéditos para la Historia de Guipúzcoa*, San Sebastián, Diputación de Guipúzcoa, 1963, pp. 7-9.

⁷⁰ T. EGIDO, *Sátiras políticas de la España Moderna*, Madrid, Alianza, 1973, pp. 42-43.

riz, Quadra, Goyeneche, Zuaznábar, Gaztelúzar, Arizcun, Iturralde, etc. y criticaba que “Con esquiveces y ultrajes / Domina, y devora a España / desde la inculta montaña / una tropa de salbages: / los que más han sido Pages / y oy son todo vanidad / Es verdad”⁷¹.

En aquel contexto económico, social y político surgieron nuevas formas de sociabilidad –como en toda la Europa de las Luces–, tertulias cultas y sociedades económicas⁷². Creo que la dinámica social que estamos observando –la formación de aquella nueva élite dirigente, de aquel grupo de familias de burócratas, militares y comerciantes situadas en torno a la administración y economía del Estado y del imperio colonial– explica la paradoja de que la primera sociedad económica de España, símbolo de la modernidad ilustrada, naciera en una sociedad tan tradicional como era entonces la sociedad guipuzcoana. Los fundadores y cuadros de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País fueron miembros de estas familias, emparentadas entre sí⁷³, que desde finales del siglo XVII se hallaban elevadas en las carreras de la Monarquía y en el gran comercio colonial.

Una rápida observación de las listas de socios publicadas por la Bascongada⁷⁴ permite un acercamiento provisional a su composición. La mayor parte de los miembros de esta Sociedad se situaban fuera de las provincias vascas, a escala de Imperio: de más de 1630 inscritos entre 1765 y 1793, el 82% se encontraban en la Península (especialmente en Madrid, Cádiz y Sevilla) y en América (especialmente en México y en Perú), y sólo el 18% residía en las provincias vascas y en el reino de Navarra. De aquéllos, ignoramos el estatuto del 56 %, ya que dicha lista de socios sólo señala los cargos en la administración y los títulos nobiliarios: lo más probable es que se trate en su mayoría de comerciantes. Dentro del 44% cuyos cargos se especifican, el 43% seguía carreras en la Administración real, el 42% en la jerarquía del Ejército y la Armada, y el 15% en la jerarquía eclesiástica. Por otra parte, entre los miembros de la Sociedad que residían en las provincias vascas abundaban también las profesiones relacionadas con cargos eclesiásticos, militares y administrativos y, de un modo general, gente con estudios (médicos, profesores, maestros...), esto es, gente de una clase cultural elevada. Además, en muchos casos, los socios que residían en el país eran los miembros de esas familias elevadas en las estructuras de la Monarquía que se habían quedado en la villa o en la aldea al frente del mayorazgo o de la casa familiar, y cuyos hermanos, tíos y primos gobernaban y comerciaban en la Corte, en Cádiz y en las Indias, formando parte de aquel 82% de socios que residían fuera de las provincias⁷⁵.

Por las mismas razones, la acción de estos ilustrados vascos no se circunscribió a las provincias, sino que, desde la corte, lideraron algunas de las principales reali-

⁷¹ J. CARO BAROJA, *La hora navarra del XVIII...*, pp. 460-488, p. 465.

⁷² J. ASTIGARRAGA, *Los Ilustrados vascos. Ideas, instituciones y reformas económicas en España*, Barcelona, Crítica, 2003.

⁷³ B. DE AGUINAGALDE, “La fundación de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País ¿un asunto de familia?”, en II Seminario de la Historia de la RSBA, San Sebastián, 1989, pp. 395-444.

⁷⁴ J. MARTÍNEZ RUIZ, *Catálogo general de individuos de la R.S.B. de los Amigos del País (1765-1793)*, San Sebastián, 1985.

⁷⁵ J.M. IMÍZCOZ y A. CHAPARRO, “Los orígenes sociales de los ilustrados vascos”, Congreso Internacional *Ilustración, Ilustraciones*, Azkoitia-Bergara, 14-17 de noviembre de 2007.

zaciones de la Ilustración española. Así lo muestra, entre otros ejemplos, su amplia presencia como directores o miembros de las academias reales, o su papel en la fundación de otras sociedades económicas, como la Matritense, en 1775, de cuyos treinta y un miembros fundadores, al menos dieciséis eran originarios o naturales de las provincias vascas, y pertenecientes a la Bascongada⁷⁶. Así mismo, miembros de estas familias estuvieron muy presentes en sociedades de otras ciudades de la Península y de las Indias, en las que se habían establecido al filo de sus trayectorias administrativas, militares y mercantiles.

Al tratar de los ilustrados, se ha tendido a explicar su advenimiento de forma bastante tautológica –son ilustrados porque es la época de la Ilustración–, como si las ideas se contagiaron, sin más, fuera de procesos sociales específicos. Así, por ejemplo, se ha escrito bastante sobre el pensamiento de los ilustrados vascos, pero sabemos muy poco sobre el grupo social –el grupo de familias y de experiencias– en el que se forjan y del que surgen. Los hijos de las familias que estamos observando demostraron una especial preocupación por la *res publica* y el gobierno político, lo que correspondía a sus actividades y negocios en torno a la administración y economía del Estado⁷⁷. Esta es la hipótesis que sugieren nuestras observaciones y que seguimos explorando. De hecho, el fenómeno no obedece solamente a la época ilustrada, ya que encontramos a miembros de estas familias en primera fila del pensamiento modernizador o reformista a lo largo de todo el siglo, desde las propuestas sobre comercio, navegación e industria de novatores como Jerónimo de Uztáriz, Francisco Javier de Goyeneche o Pedro Bernardo Villarreal de Bériz, en la primera mitad del siglo, hasta autores destacados de la Ilustración y de la política reformista en tiempos de Carlos III y Carlos IV, de diversas tendencias, como Manuel María de Aguirre, Juan Antonio de Los Heros, Nicolás de Arriquiribar, José Agustín Ibáñez de la Rentería, José Antonio Armona y Murga, Eugenio de Llaguno y Amírola, Antonio de la Cuadra, Valentín de Foronda o José de Cadalso, entre otros.

La trayectoria de la familia Cadalso, a lo largo de tres generaciones, resume con singular fuerza, por sus contrastes, el proceso que estamos observando. El gaditano José de Cadalso (Cádiz, 1741), conocido ilustrado español, autor de “Cartas marruecas”, era nieto de un campesino de Zamudio, aldea de Vizcaya, “que se fue al otro mundo sin vestirse a la castellana ni hablar castellano”, según recuerda el propio Cadalso en sus memorias. Su abuela “encargó que le enviasen de Bilbao un hombre que enseñara el español a sus muchos hijos”. Como otros hermanos, el padre de José de Cadalso salió de Zamudio para ir “a Indias en busca de un tío suyo”. Como tantos otros, se estableció en Cádiz y comerció con México. Observamos, sin embargo, que no se trataba de un simple comerciante. No sabemos de qué modo, pero tenía entradas en la Corte, probablemente, como ocurría en otros casos, gracias a la presencia en ella de miembros de su grupo de parentesco. El hecho es que, con un her-

⁷⁶ F. J. SANTAMARÍA, *Ensayo apologético de los oriundos y naturales vascongados en la Económica matritense del siglo XVIII*, Madrid, RSBAP, 1995, pp. 10-16; J.L. GARCÍA BROCARA, *La Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País...*, Madrid, 1991, pp. 6-10, 51-52.

⁷⁷ FRANCO RUBIO, Gloria A., “El ejercicio del poder en la España del siglo XVIII. Entre las prácticas culturales y las prácticas políticas”, en M.V. López-Cordón Cortezo y J.Ph. Luís (Coord.), *La naissance de la politique moderne en Espagne*, Mélanges de la Casa de Velázquez, Nouvelle série, 35 (1), 2005, pp. 51-77.

mano suyo, Diego, colaboró en un proyecto ambicioso de establecer “factorías españolas” en varios puertos europeos. Este proyecto “contaba con el apoyo oficial” y Campomanes, en uno de sus escritos, pone al padre de Cadalso como ejemplo de lo que podía llegar a hacer un hidalgo entrado al servicio de su patria⁷⁸. Como en otros casos de comerciantes bien relacionados en la Corte, los padres de Cadalso procuraron una educación sobresaliente a su hijo. Cadalso viaja con su padre y reside en París y Londres, entre 1753 y 1758. A su regreso, estudia en el Seminario de Nobles de Madrid. Con dinero heredado del comercio paterno, en 1761 compra un cargo de capitán en un cuerpo de élite, el regimiento de caballería de Borbón, por 150.000 reales⁷⁹, y en 1766 obtiene el hábito de Santiago⁸⁰.

Al filo de la carrera militar, de las tertulias que frecuentó y de sus actividades literarias, José de Cadalso trabó amistad con hombres semejantes, como Manuel María de Aguirre o Pablo de Olavide, a veces provenientes de familias originarias del país que habían seguido trayectorias comparables, en la Península y en las Indias, y esas amistades y relaciones alimentaron círculos ilustrados y preliberales precursores, en la España de finales del XVIII.

José de Cadalso, el nieto de aquel campesino de Zamudio que murió sin saber hablar castellano, es uno de los ilustrados españoles que más claramente expresa, a finales de la centuria, los ideales de servicio a la patria y nación: “¿No te parece lastimosa para el estado la pérdida de unos hombres de talento y mérito que se apartan de las carreras útiles a la república? ¿No crees que todo individuo está obligado a contribuir al bien de su patria con todo esmero? (...) No basta ser buenos para sí y para otros; es preciso serlo o procurar serlo para el total de la nación (...) El hombre que conoce la fuerza de los vínculos que le ligan a la patria (...) dice: Patria, voy a sacrificarte mi quietud, mis bienes y mi vida (...) El noble entusiasmo del patriotismo es el que ha guardado los estados, detenido las invasiones, asegurado las vidas y producido aquellos hombres que son el verdadero honor del género humano”⁸¹.

Creo que la historia de los Cadalso, a lo largo de esas tres generaciones, resume y ejemplifica con fuerza el proceso de cambio histórico que estamos observando, un proceso de emergencia y formación de “élites nacionales” y de paso “de la comunidad –de las comunidades políticas heredadas de la Edad Media– a la Nación”. Los miembros de estas familias de administradores, militares y financieros relacionadas con el servicio del Estado formaron parte de esas “redes sociales y políticas que podrían ser consideradas como los inicios de la nación española”⁸²: se enriquecieron y forjaron en actividades relacionadas con la economía y la administración del Estado y del imperio colonial, se encontraron entre los agentes principales de la Corona, formaron parte del sector más moderno y reformista de las élites españolas del XVIII, fundaron y dirigieron sociedades ilustradas y academias, y se encontra-

⁷⁸ E. PALACIOS FERNÁNDEZ, “José Cadalso, lección de vizcainía”, *II Seminario de Historia de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*, San Sebastián, 1989, pp. 12-17.

⁷⁹ F. ANDÚJAR, *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2004, pp. 237-243.

⁸⁰ Base de datos FichoZ (Grupo PAPE)

⁸¹ José CADALSO, *Cartas marruecas. Noches lúgubres*, ed. de Joaquín Arce, Madrid, Cátedra, 1984, pp. 254-256.

⁸² D. R. RINGROSE, *España, 1700-1900: el mito del fracaso*, Madrid, Alianza, 1996, p. 83.

ron abundantemente representados entre los liberales, sobre todo moderados, que fundaron la Nación. Plantearemos más adelante cómo este proceso fue diferencial. Concernió principalmente a la fracción de las élites del país que habían participado y se habían forjado en aquel proceso, pero produjo el rechazo de otros sectores sociales y, en particular, de las élites tradicionales que habían permanecido arraigadas en la comunidad.

Paralelamente, aquellas carreras y empresas en el ámbito de la Monarquía tuvieron importantes consecuencias en las comunidades de origen. Los personajes que participaron en ellas desviaron hacia sus familias abundante riqueza, cargos y honores. Sobre la base de la Monarquía, se elevaron nuevas élites en los cargos de gobierno local y provincial, aumentaron sus haciendas, reconstruyeron sus casas y palacios, representaron de diversos modos su hegemonía y practicaron un intenso patrocinio mediante su política del don, construyendo iglesias, ermitas y capillas, fundando conventos, capellanías, escuelas, hospitales y obras pías. Como en los siglos XVI y XVII, el ascenso al servicio de la Corona comportó una importante renovación de las hegemonías locales y regionales. El ejemplo de los baztaneses muestra que la emergencia de nuevas élites, originarias de simples casas campesinas, desplazó a las antiguas élites de la comunidad –los descendientes de los palacios medievales–, salvo a aquellos que entroncaron con las nuevas familias. En el siglo XVIII, el Valle de Baztán estuvo gobernado por el grupo de familias que se fueron elevando, desde la segunda mitad del siglo XVII, gracias al servicio de la Corona y al comercio colonial⁸³.

Podemos pensar que, a través de estas familias y de sus relaciones entre la corte y la comunidad, se reforzó la articulación política de estos territorios en el seno de la Monarquía. Al menos, numerosos ejemplos muestran un patronazgo cortesano ejercido directamente entre los parientes instalados en la Corte y sus familiares gobernantes de las comunidades. A través de estas relaciones privilegiadas, las comunidades locales y provinciales obtenían privilegios y prebendas que prefiguraban, de algún modo, el clientelismo político de la España del siglo XIX.

El ascenso de nuevas élites al gobierno de la Monarquía fue acompañado, como en el siglo XVI, de una producción de textos que publicitaban su calidad, retomando los argumentos del cantabrisismo vizcaíno empleados en el pasado. Algunas obras sirvieron para ensalzar la calidad particular de grupos de paisanos especialmente influyentes, como los baztaneses o los encartados vizcaínos, de la mano de los promotores de aquella dinámica o de autores que escribieron bajo su patrocinio⁸⁴. En esta línea, el siglo XVIII conoció una producción de historias locales y provinciales cuyo rasgo común fue publicitar los servicios de las respectivas villas y provincias a la Corona,

⁸³ J.M. IMÍZCOZ, “Patronos y mediadores. Redes familiares en la Monarquía y patronazgo en la aldea: la hegemonía de las élites baztanesas en el siglo XVIII”, en J.M. IMÍZCOZ (dir.), *Redes familiares y patronazgo. Aproximación al entramado social del País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001, pp. 225-261; Cf. F. MARTÍNEZ RUEDA, *Los poderes locales en Vizcaya. Del Antiguo Régimen a la Revolución Liberal (1700-1853)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1994, pp. 231-234.

⁸⁴ *Executoria de la nobleza, antigüedad y blasones del Valle de Baztan, que dedica a sus hijos y originarios Juan de Goyeneche*. En Madrid, en la imprenta de Antonio Román, año de 1685; Lorenzo Roberto de la Linde, *Discursos históricos a favor de las siempre Muy Nobles y no menos Leales Encartaciones del infanzonazgo del siempre Muy Noble y Muy Leal Señorío de Vizcaya...*, 1740.

así como a las principales familias servidoras de la Monarquía⁸⁵. Estas historias, junto con la correspondencia epistolar y las memorias, procuran un material interesante, que estamos trabajando para analizar una dimensión fundamental de aquel proceso, el de la construcción de determinada identidad.

La Corte y la administración del Estado fueron un motor de modernidad. Las carreras al servicio del rey constituyeron una vía importante para la llegada de nuevas ideas y modos de vida a las villas y aldeas del país. Sin embargo, las transformaciones culturales de este “proceso de civilización” (idioma, pautas educativas, modas y modales) encontraron resistencias en la sociedad tradicional. En este sentido, fueron especialmente significativas las críticas del jesuita guipuzcoano Manuel de Larramendi contra la introducción de modas castellanas y francesas en el vestir, o contra el abandono del vascuence por parte de las élites locales⁸⁶. Según su testimonio, nuevas pautas de comportamiento, de origen cortesano, se iban imponiendo, mediante un movimiento de mimetismo descendente, entre las élites urbanas, primero, y luego entre las clases subalternas⁸⁷.

Larramendi ataca en particular a los *jauntxos* y clérigos guipuzcoanos que desde su niñez se habían forjado en la retórica latina y castellana y que hablaban “el vascuence indignamente y sin rastro de inteligencia”. Se trataba, en particular, de “eclesiásticos, religiosos, caballeros y gentes acostumbradas desde chicos al castellano o a la gramática que aprendieron del latín”, que estudiaban el castellano como medio de hacer carrera y que preferían expresarse en este idioma como señal de calidad, considerando que “el vascuence es solamente lengua para aldeanos, caseros y gente pobre” y que “no da más de sí”⁸⁸.

La participación de estas élites en aquel proceso de construcción política, social y cultural fue un fenómeno diferencial que conllevó resistencias y fracturas internas. Ignoramos qué tipo de relaciones hubo entre las familias que siguieron aquella dinámica y otras élites provinciales. En ocasiones se produjeron alianzas matrimoniales con familias de la vieja aristocracia, pero otras veces no. En cualquier caso, no todas las familias de las élites vascas y navarras participaron en esta dinámica, sino al contrario. Como muestra el caso de Navarra, sólo una fracción de las élites regionales participó en aquel fenómeno de “la hora navarra del XVIII”. Se trataba en su mayor parte de familias nuevas (originarias sobre todo de los valles del Noroeste) que se habían elevado directamente al servicio del rey y habían participado especialmente en la construcción del Estado moderno, mientras que la mayoría de la nobleza navarra había quedado al margen de aquel fenómeno, circunscrita a los horizontes tradicionales del Viejo Reyno⁸⁹. Incluso, es probable que aquellas familias de la vieja aristocracia hu-

⁸⁵ Entre otras se hallaban la historia de San Sebastián por Joaquín Antonio del Camino y Orella, la historia de la Universidad de Irun-Uranzu, publicada en 1738 por Francisco de Gainza, o las historias de Álava escritas por José Joaquín de Landáuzuri y Romarete a finales del siglo XVIII.

⁸⁶ Manuel de LARRAMENDI, *Corografía de la Muy Noble y Muy Leal Provincia de Guipúzcoa*, Bilbao, ed. Amigos del Libro Vasco, 1986, p. 221 y 283-284.

⁸⁷ “Estas modas son nuevas, y las han aprendido [las caseras] de la gente de calle, a quien han dado y dan ejemplo los caballeros y señoras. Ellos son monos unos de otros, y todos lo son de franceses y castellanos. De pies a cabeza se han de vestir a la moda de Francia o Castilla”, *Ibid.*, 221.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 283-284.

⁸⁹ A. FLORISTÁN, “Entre la casa y la Corte. Una aproximación a las élites dirigentes del Reino de Navarra (siglos XVI-XVIII)”, en J.M. IMÍZCOZ (dir.), *Élites, poder y red social. Las élites del País Vasco y Navarra en la Edad Moderna*, Bilbao, 1996, pp. 175-191.

bieran quedado resentidas al ser desplazadas, en ocasiones, por las nuevas familias. Algunos ejemplos abundan en este sentido, como las resistencias de determinados palacios baztaneses al verse relegados del gobierno municipal, o el temor de los candidatos al cabildo de la catedral de Pamplona, a mediados del siglo XVIII, ante lo que califican de peligro de patrimonialización de dicha catedral por los baztaneses⁹⁰.

Pero, más allá de las rivalidades de grupos de familias y facciones, en aquel proceso se produjeron, sin duda, fracturas entre lo que podríamos llamar élites tradicionales y élites progresistas o liberales. Las diferencias de trayectorias y experiencias –y, sin duda, de los horizontes, cultura y conciencia política– entre unas y otras élites debieron de tener consecuencias notables para las ulteriores adscripciones políticas en el momento de las guerras civiles. Es el análisis que sugiere en sus Memorias Joaquín Ignacio Mencos, conde de Guendulain, un hombre que conocía desde dentro las fracturas en el seno de las élites navarras: “Puede asegurarse que la opinión popular, la de la clase media en general, y la de aquella Nobleza que podemos llamar más domiciliada en el país, pertenecían al partido del Pretendiente. Una parte del alto comercio, y las casas (salvo raras excepciones) más relacionadas con la Corte y que contaban sus hijos en el Ejército nos habíamos declarado en favor de los derechos de las hijas del difunto Monarca”⁹¹. Aunque todavía es pronto para defender esta hipótesis, la trayectoria de los Gastón de Iriarte y de otros descendientes de “la hora del XVIII”, líderes liberales en el siglo XIX, apunta claramente en este sentido. Nos parece especialmente necesario investigar en esta línea. Los historiadores contemporáneos, al intentar explicar las diferencias sociales y políticas en las guerras carlistas, se han centrado en la observación de los rasgos económicos, sociales, etc. que caracterizaban en ese momento a las élites de ambos bandos, pero no en la génesis en la que se formaron aquellas diferencias. Los cortes académicos entre Historia moderna y contemporánea no ayudan a ello.

Si es cierto que la historia se forja en la acción, que las experiencias de los actores sociales son fuente de conciencia y de formas de organización, no es extraño que aquellos hombres que habían servido al rey en la administración del Estado y en el Ejército, que habían creado o participado en las formas modernas de economía, en las compañías de comercio y en el primer capitalismo de Estado, que habían estudiado en novedosos colegios y academias, leído, escrito y traducido, que habían conocido las ideas del siglo y se habían forjado y debatido en tertulias ilustradas y sociedades nuevas, fueran muy diferentes a otros, más inscritos en la comunidad tradicional, y fermento de modernidad.

Como hemos sugerido, los horizontes de las familias de las élites vascas y navarras de que venimos hablando –sus trayectorias, carreras, matrimonios, economías y cultura política– se inscribían en un ámbito “protonacional”, aquel que ellos mismos fueron construyendo. Parece lógico que sus miembros destacaran entre las élites ilustradas del último tercio del XVIII y luego entre los liberales (sobre todo mode-

⁹⁰ En las elecciones de canónigos de 1755, el prior de la catedral de Pamplona temía “que son capaces de levantarse totalmente con la iglesia [de Pamplona] y hacerla patrimonio de baztaneses”, cf. J. GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de los obispos de Pamplona*, t.VII, Pamplona, 1989, p. 473.

⁹¹ *Memorias de Don Joaquín Ignacio Mencos, conde de Guendulain, 1799-1882*, Pamplona, Aramburu, 1952, edición preparada por J.M. Iribarren, p. 83.

rados) que fundaron la Nación, en claro contraste con la nobleza que no había participado en ese proceso y que permanecía anclada en la comunidad, en el señorío y en la tradición. Parece que este grupo de familias de administradores del Estado, militares y hombres de negocios constituía, a finales del siglo XVIII, la fracción más progresista de las élites vascas y daría “una parte fundamental del primer liberalismo peninsular”⁹².

Los países son devenires, construcciones históricas, no esencias. Todavía a finales del Antiguo Régimen conservaba su fuerza la pertenencia de la gran mayoría de sujetos del rey a los cuerpos políticos de sus villas y aldeas, su adscripción estatutaria, económica, matrimonial y cultural a sus comunidades y corporaciones. Por contraste, la historia de las familias de las que venimos hablando revela el paso “de la comunidad a la nación”, el proceso que llevó de los horizontes culturales y sociales de la comunidad tradicional a los horizontes de cierta España. No hay que olvidar, sin embargo, que, desde el siglo XVI, la integración de estas élites en las empresas de la Monarquía se hizo sobre la base de ideas particularistas sobre su calidad y privilegios, ideas que, junto a la conservación de los fueros provinciales, continuarían siendo un elemento diferenciador en el siglo XIX.

Podríamos decir que la dinámica que hemos observado se enmarca en un “ciclo expansivo”, el de la Edad Moderna, caracterizado por un crecimiento de los espacios territoriales, administrativos y económicos de la Monarquía hispánica, y –en el siglo XVIII– por un crecimiento significativo del Estado burocrático, financiero y militar, que posibilitó el enriquecimiento y ascenso de determinadas élites vascas, así como específicos procesos de transformación económica, social y cultural, de los cuales aquellas élites fueron agentes principales. Sin embargo, parece que esta dinámica se desbarata con las crisis de las primeras décadas del siglo XIX, en que se hundían las bases de aquellas carreras y negocios, con el fin del imperio colonial, la crisis de la Monarquía, la inestabilidad política y las guerras civiles. Habría que mirar de cerca qué trayectorias siguieron los descendientes de aquellas élites forjadas en el siglo XVIII. El ejemplo de algunas familias baztanesas ilustra el repliegue doloroso a que se vieron obligados hijos de notables del XVIII para mantener posiciones, entroncando entre sí para conservar el patrimonio, o buscando refugio en capellanías familiares y en pequeñas economías locales para sobrevivir.

Por contraste, parece que se abre entonces, en las provincias vascas, un “ciclo de repliegue y defensivo” –de repliegue provincial de los descendientes de aquellas élites del XVIII, y de defensa de los fueros amenazados– y que es en este contexto cuando se produce, a lo largo del XIX, la construcción de una identidad vasca de muy diferente signo⁹³.

En definitiva, la participación de las élites vascas y navarras en las estructuras políticas y económicas de la Monarquía fue importante, tanto en la Administración real y la jerarquía eclesiástica, como en el comercio, las finanzas y la industria. El análisis de este fenómeno requiere un tratamiento global, que supere los enfoques sectoriales y espaciales clásicos. Partiendo de las familias y de sus redes sociales se

⁹² E. LLUCH, “Cartas sobre Valentín de Foronda”, prólogo a J. M. BARRENECHEA, *Valentín de Foronda, reformador y economista ilustrado*, Vitoria, 1984, p. 21.

⁹³ C. RUBIO POBES, *La identidad vasca en el siglo XIX. Discursos y agentes sociales*, Madrid, 2003.

pueden descubrir las relaciones que existían entre sectores de actividad y territorios aparentemente muy diferentes y distanciados, en la medida en que los miembros de aquellas familias actuaban estrechamente relacionados entre sí, promoviendo carreras y negocios comunes sobre la base de solidaridades grupales y de la utilización sistemática de sus posiciones privilegiadas en la corte y en otros centros de poder y riqueza de la Península y de los diferentes territorios del Imperio colonial.

Progresivamente, la Monarquía y el Imperio colonial se convirtieron en un motor principal de las empresas particulares y de las economías regionales más notables. Al mismo tiempo, fue la base de la emergencia de nuevas élites para las cuales los recursos, cargos y honores de la Corona constituyeron un elemento esencial para asentar su hegemonía y para alimentar sus clientelas locales y provinciales.

Este proceso comportó otras consecuencias sociales, políticas y culturales que aún se conocen mal. Como se observa en el siglo XVIII, más allá de cierta renovación de las élites y del posible desplazamiento de antiguas aristocracias establecidas sobre otras bases, podemos pensar que la diferencia de experiencias y de trayectorias alimentó crecientes distancias ideológicas en el seno de las élites .

Así mismo, este proceso provocó reacciones en el país, insuficientemente exploradas. Ya en el siglo XVIII, las transformaciones culturales e ideológicas vinculadas a este fenómeno encontraron crecientes resistencias en la sociedad tradicional vasca que parecen desembocar en las profundas fracturas políticas del siglo XIX.

En total, nuestro texto plantea muchas hipótesis que están por explorar, pero que sirven para ordenar informaciones muy dispersas y fragmentarias en un modelo de explicación global que relacione el proceso de construcción social del Estado con las transformaciones económicas, sociales e ideológicas que este proceso conllevó.